

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

LA MUERTE DE SANDRA

Keith Luger



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

LA MUERTE DE SANDRA

SERVICIO SECRETO n.º 1454

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 15.403 - 1978

Impreso en España. - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: junio, 1978

© Keith Luger - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Billy el Melenas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.450 — ¡Cuidado con el loro, es un espía!

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza

En Colección KANSAS:

657 — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:

842 — Cuatro mujeres justas

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby el Llorón

En Colección ASES DEL OESTE:

997 — Promesa a un pistolero

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

442 — Duelo en México

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray

CAPÍTULO PRIMERO

Hay dos cosas que un hombre debe hacer antes de morir. Luchar por una buena causa y amar a una mujer.

Yo estaba poniendo ahora todo mi empeño en el segundo aspecto de la cuestión. Besaba los labios de Virginia.

Y era algo que valía la pena, porque los labios de Virginia eran rojos, gordezuelos, atractivos, seductores, húmedos...

En cuanto al primer aspecto había luchado por buenas causas durante los últimos meses.

Soy Kenneth Forrest, investigador privado, y mi ocupación favorita es la de impedir que los tipos que se creen muy listos para violar la ley, se crean muy listos.

Piso cuellos de hijos de perra, narices de bastardos y, cuando las cosas se ponen difíciles, me dedico a la caza de ciertos pájaros de dos patas que quieren volar muy alto, olvidando al prójimo. Ustedes ya entienden a quiénes me refiero, a los peces gordos que atesoran millones sin importarles los medios de que se valen para llenar su hucha.

—Kenneth —dijo Virginia, una rubia, bien hecha—, ¿por qué no te casas conmigo?

—¿Qué te he hecho yo? —protesté.

—No deberías ser tan corrosivo. Al fin y al cabo, necesitas una mujer que te cuide.

—Ya se ocupan de eso —naturalmente, me refería a Ana, la mujer de la limpieza.

—Kenneth, tú y yo seríamos el matrimonio perfecto.

—La perfección no existe, Virginia.

Fue a seguir dándome sus lecciones y decidí que era hora de que le diese las mías. La besé otra vez en los labios.

Entonces sonó el timbre del teléfono.

Virginia soltó un gruñido. Quería decir que dejase sonar la campanilla del teléfono hasta el día del juicio final.

Pero una de las cosas que me ponen más nervioso es dejar que suene y suene el timbre.

Alargué la mano y descolgué.

Luego, aparté mi boca de la de Virginia y dije:

—Kenneth Forrest al habla.

—Soy Sandra, Kenneth.

Yo estaba un poco atontado, y eso era natural porque Virginia se cubría con una minifalda que dejaba al descubierto los encantos por pares.

—¿Sandra? ¿Qué Sandra?

—Sandra Kuriaki... Kenneth, ¿es posible que me hayas olvidado?

—Perdona, Sandra, pero acabo de despertarme.

No le mentía en absoluto puesto que apartarme de los brazos de Virginia era como despertar de un sueño.

Había conocido seis meses antes a Sandra, en Nueva York, durante el transcurso de una fiesta ofrecida por un ridículo escultor que hacía ridículas esculturas abstractas. Un hombre se me había acercado preguntándome mi opinión, y yo le había dicho que los pedruscos eran horribles y que la madre Naturaleza, con el viento y la lluvia, era mejor escultora que el artista. Entonces él tipo se me presentó diciendo que él era el autor de aquello y, levantando la barbilla y mirándome como si yo fuese un gusano, se alejó de mí. Alguien estalló en una carcajada y al volverme me encontré con una pelirroja a quien le había hecho gracia mi despiste.

Nos presentamos. Ella era Sandra Kuriaki. Estaba de paso en Nueva York. Era polaca, con residencia en París. Trabajaba para un tipo podrido de dinero que se dedicaba a negocios de importación y exportación. Luego, Sandra y yo habíamos dejado de ocuparnos de la exposición de escultura y de todo lo demás. Durante cinco días, tiempo que duró su estancia en Nueva York, lo pasamos en grande, y ésa era la persona que ahora había interrumpido mi idilio con Virginia.

—¿Dónde estás, Sandra? —pregunté.

Sería para mí un compromiso tenerme que desembarazar de

Virginia. La verdad era que la rubia y la pelirroja estaban empatadas. Cada una en su estilo, era digna de ser asistida por un tipo como yo, la mar de exigente en cuestiones anatómicas.

—Estoy en París —dijo.

Di un suspiro de alivio, pero enseguida me asombró que Sandra se hubiese acordado de mí y que me llamase desde la otra parte del Atlántico. La conferencia le debía costar un pico.

—¿Qué pasa, Sandra?

—Quiero que vengas a París.

Lo decía como si París estuviese a la vuelta de la esquina.

—Eh, Sandra, estoy ocupado.

Virginia me dio las gracias con una caída de pestañas y una sonrisa que quería decir: Date prisa, tonto.

—Kenneth, en siete horas puedes estar conmigo.

—Sí, ya sé que los aviones son muy rápidos.

—Te necesito, Kenneth.

No tengo la culpa de ser un tipo tan varonil, y especialmente tan bien terminado.

—Verás, Sandra, yo...

—Tengo miedo de que me maten.

—¿Cómo?

—Sí, Kenneth. Es eso. Estoy en peligro.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo ahora. Es muy largo de contar.

—Oye, si están así las cosas, ¿por qué no vienes tú a Nueva York?

—No puedo. Estoy vigilada. Me pueden matar de un momento a otro.

—Eh, chica, cuelga ahora mismo y llama a la policía.

—No valdría de nada, y además sería perjudicial para mí. Sólo tú puedes arreglarlo, Kenneth... Te espero... Ven pronto, Kenneth... No me dejes sola, por lo que más quieras. Luego colgó.

Golpeé en la horquilla.

—Sandra..., Sandra...

Yo podía pedir otra conferencia con ella. Sabía su número porque Sandra me había dejado su dirección, pero eso sería perder el tiempo, teniendo en cuenta la forma en que la pelirroja se había expresado.

Iba a París o me quedaba. Ésa era la cuestión.

—¿Quién era, Kenneth? —preguntó Virginia, devolviéndome a la realidad.

—Un tipo gordo y con bigote. Quiere que vaya a Francia.

—Y se llama Sandra, ¿eh?

—No me des ahora una escena de celos. Sólo se trata de un cliente. Y ahora, pequeña, ha llegado el momento de la despedida.

Virginia parpadeó confusa.

—¿Es que te vas con ella?

—Sí.

—Oh, no. No permitiré que me hagas una jugada de esa clase.

—Cariño, el trabajo es el trabajo.

—Ya sé la clase de trabajo que vas a hacer en París con tu Sandra.

—Ella está en peligro.

—Es una trampa.

—¿Eh?

—Eres tan ingenuo como el resto de los hombres... Esa chica sólo te llama a París para divertirse contigo.

Tiré de ella, levantándola del diván.

Virginia me echó los brazos al cuello y me besó en los labios.

—Kenneth, íbamos a cenar aquí.

—Lo haremos en cuanto yo regrese.

—No te gusto lo bastante, ¿eh?

—Virginia, eres una criatura maravillosa... —señalé el teléfono—. Pero esa chica me necesita y no es por lo que tú crees... Se encuentra en un lío...

Me pegó una patada en la espinilla y yo salté a la pata coja.

Atrapó su bolso, su abrigo y se fue hacia la puerta.

—¡Kenneth, olvídate de mí! —dijo enfáticamente—. Eso va a ser difícil... Eres tan encantadora.

—No me gusta que nadie me tome el pelo, ¿lo entiendes? ¿Sabes a quién dejé hoy por ti? A un banquero...

—Sí, ya lo sé. A un banquero que tiene tres nietos. —Sólo ha cumplido sesenta y cinco años...

Las mujeres son así de lógicas. Abrió la puerta y se dispuso a salir.

—No golpees muy fuerte, Virginia.

—Oh, sí, desde luego. Soy una mujer muy educada, y sé cómo salir de la casa de donde me echan.

Pegó tal portazo que unas horas más tarde, cuando viajaba yo en el avión camino de la dulce Francia, me zumbaban los oídos.

CAPÍTULO II

Ya estaba en Orly y llovía a cántaros, pero debo aclarar muy aprisa que no era abril. Ya conocen ustedes esa leyenda de que no hay nada como abril en París. Primavera sublime. Bueno, era el treinta y uno de marzo. Sí, amigos en veinticuatro horas podían cambiar mucho las cosas. Por ejemplo, que se retirasen aquellas nubes y saliese el sol.

—¿Señor Forrest?

El tipo que había interrumpido mi profunda filosofía acerca del tiempo se cubría los ojos con gafas oscuras. Pero quizá lo que tenía que haberse cubierto era la boca, porque la tenía fea, producto de algún zambombazo que había recibido alguna vez. Su labio inferior era una ruina. Aposté a que ninguna mujer le podía dar un beso que no le costase lo menos cinco mil francos.

Ya lo ven, unos tenemos muchos y otros nada.

—Sí, soy yo —le contesté.

—Mi nombre es Bernard Touret. Me envía Sandra. —¿Le pasó algo a ella?— pregunté alarmado.

—No, Sandra se encuentra perfectamente.

—Lo celebro.

Ya había recogido mi equipaje y le dije:

—Lléveme con Sandra, Bernard. Me tomó del brazo.

—De eso se trata.

—¿De qué?

—De que Sandra ya no lo necesita.

—Oiga, ¿de dónde cree que vengo?

—De Nueva York, naturalmente.

Dejé la maleta en el suelo y saqué el paquete de cigarrillos.

—¿Fuma? —le ofrecí.

—No, gracias.

Me dio fuego con la llama de un fósforo y, mientras yo encendía, dijo:

—Sandra se encuentra perfectamente.

—Me alegro mucho —dije mientras expulsaba el humo por los agujeros de la nariz. Guardó la caja de fósforos y sacó un sobre.

—Eso es para usted, de parte de Sandra.

El sobre estaba cerrado y lo rompí. Dentro había quinientos dólares, y una nota qué decía así:

«Siento mucho que te hayas molestado por mí, que no me haya quedado a esperarte, pero tuve que viajar a Niza con mi jefe. Muy pronto iré a Nueva York. Te adjunto un poco de dinero para indemnizarte por el tiempo perdido».

Después estaba el nombre de Sandra. Así era todo de fácil.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Bernard?

—Claro, todas las que quiera, si las puedo contestar.

—¿En qué lío se metió Sandra?

—No sé nada de eso.

—¿Y por qué actuó de mensajero sin saber nada? Se encogió de hombros.

—Soy buen amigo de Sandra. Vivo en el apartamento al lado del suyo. Esta tarde me hizo una visita y me pidió que le hiciese este favor. Usted tenía que venir de Nueva York para resolver no sé qué asunto. Yo sólo tenía que darle este sobre.

—¿Y cómo sabía que era yo?

—Es la mar de fácil. —Bernard sacó una fotografía en la que aparecíamos Sandra y yo en la estatua de la Libertad. Nos la habíamos hecho junto con otra media docena durante su estancia en Nueva York.

—Perdone, Kenneth, pero ahora me tengo que marchar.

—Comprendo. Buena suerte y gracias.

Nos estrechamos la mano y me obsequió con una sonrisa, pero como tenía así el labio, dio la impresión de que me iba a escupir. Luego dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Yo quedé inmóvil, pensativo.

«Bueno, Kenneth, esas cosas ocurren. Es natural que la chica, en un momento de preocupación y nerviosismo, te llamase, pero ella pudo solucionar el asunto y ahora sólo tienes que volver a Nueva York y darle la buena noticia a Virginia. Te bastará chascar los dedos para que la rubia deje a su banquero de sesenta y cinco años».

Acallé mi voz interior y me fui a tomar un café.

Bien pensado, un café no me servía para nada, de modo que pedí un *whisky*.

No, yo no me podía ir así de París. Ya estaba decidido y, si en París hacía mal tiempo, quizá en Niza lo haría mejor. Pero ¿cómo podía estar yo seguro de que Sandra estaba en Niza? ¿Y si hiciese la comprobación? Después de todo, sabía dónde vivía Sandra.

Viajé en un taxi hasta el edificio de apartamentos de Sandra. El portero era un tipo de bigote blanco que cojeaba de la pierna izquierda.

—¿Primera Guerra Mundial? —le pregunté.

—No soy tan viejo. La Segunda.

—Un obús, ¿eh?

—Me cayó un barril encima.

—Busco a Sandra Kuriaki.

—Pues está en su día de mala suerte —me contestó con desparpajo.

—Sandra Kuriaki se marchó esta mañana, ¿eh?

—Sigue sin acertar. Se marchó hace apenas dos horas.

Aquello no me podía extrañar. Después de todo, Sandra pudo decirle a Bernard que se marchaba enseguida y demoró el viaje.

—Por fin voy a acertar una —le dije al portero.

—No me diga que tiene el ganador de la tercera.

—No. Quiero preguntarle por Bernard Touret, el vecino de Sandra. Se me quedó mirando a la cara como si yo fuese un marciano.

—Conque iba a acertar ¿eh? —dijo—. Ese tipo por el que pregunta no vive aquí.

—Bernard Touret —le repetí.

—Puede decirlo cuantas veces quiera, pero no por eso va a mejorar su racha. Saqué un billete de cinco dólares.

—A ver si esto ayuda un poco.

Dio un suspiro y cogió el billete.

—¿Qué quiere saber ahora? Le puedo enseñar mi herida, y en ese caso tendremos que meternos en la portería porque se trata de un sitio muy delicado.

—Sería mejor que no se hiciese el chistoso o le hago tragar el billete.

—Eh, no se ponga así. Yo sólo quería colaborar.

—Colabore diciéndome adónde fue Sandra.

—No me lo dijo.

—Hábleme de ella.

—Es pelirroja, tiene veinticinco años y cuando sale a la calle muchos se ponen a ladrar.

—Y usted se pone bizco, seguro. Pero no me interesa. Por ejemplo, dígame qué hombre hay en la vida de Sandra.

—Que yo sepa, sólo existe uno.

—¿Cómo se llama?

—Serge Rank. Es un actor de cine. Todavía no suena mucho su nombre, pero ya ha trabajado en media docena de películas haciendo papelitos. Yo lo vi recientemente. A los dos minutos de salir lo mataban. Su diálogo era muy interesante. Al caer con el plomo en la barriga decía: «Puerco». Y por eso le dieron cinco mil francos. ¿Qué le parece? Y uno tiene que estar aquí dándole a la escoba...

—Sí, y tiene que decir muchas veces puerco a cambio de una miseria. ¿Qué me dice del trabajo de Sandra?

—No sé nada de eso. La señorita Kuriaki se marcha a las siete y media de la mañana y ya no regresa hasta la tarde, aproximadamente a las seis. Pero sólo permanece en el apartamento un par de horas. Unas veces se va sola y otras ese actor viene a por ella. No sé a qué hora regresa porque nunca estoy en la portería más tiempo del reglamentario.

—Sandra trabajaba hace seis meses en un negocio de importación y exportación. Su patrón era Hubert Marant. ¿Me puede decir algo a ese respecto?

El herido en la Segunda Guerra Mundial en un sitio muy delicado se encogió de hombros.

—Nunca me dijo dónde trabaja. Soy un tipo que no se mete con

nadie. Me limito a hablar en voz baja conmigo mismo. ¿Habla usted en voz baja?

—Sí, pero con ellas —dije y di por terminada mi visita.

Me fui a la oficina de un agente artístico que había conocido en Nueva York. Era compatriota y se llamaba James Cooper y yo tenía la ligera sospecha de que, cuando vino al mundo, le robó el reloj al tocólogo.

Cooper me recibió con un gran abrazo. Fue al bar y me preparó un martini seco con un par de litros de ginebra. Me dijo «cuéntame cosas de Nueva York, grandísimo hijo de perra». Y yo le contesté que Nueva York estaba muy triste sin el grandísimo bastardo que era James Cooper.

Después que me contó la aventura que había sostenido con la mujer de un diplomático y con la secretaria de un especialista atómico, preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Kenneth?

Se lo conté todo porque no tenía nada que ocultar.

—Bueno —dijo—. No podía imaginar que un grandísimo hijo de perra como tú tuviese tanta suerte. Quinientos dólares a cambio de nada...

Le dije que un grandísimo bastardo como él seguro que habría exprimido quinientos dólares aquella misma mañana a cualquiera de sus representados, y que quizá a quien le había chupado la sangre era al mismísimo Serge Rank.

—No, Kenneth, a Serge Rank no lo represento yo —contestó—. Serge es representado por un tipo que estuvo en un hospital de enfermos mentales durante dos años. Es la escoria de la profesión. Engaña a sus representados haciéndolos pagar hasta el cincuenta por ciento de sus honorarios.

—Sí, ya sé que tú solo les cobras el cuarenta y cinco.

—Has hecho un buen chiste, grandísimo hijo de perra.

—Quiero hablar con Serge Rank.

—¿Cuándo?

—A ser posible, en media hora.

—Voy a ver si puedo hacer algo por ti, pero yo, en tu lugar, me dejaría de investigaciones y pasaría una noche estupenda en París antes de emprender el viaje de regreso a Nueva York.

Hizo un par de llamadas y luego dijo:

—Serge Rank te espera dentro de veinte minutos en la Cafetería Rivoire. Me indicó dónde se ubicaba la cafetería.

Otra vez nos dimos un abrazo y nos dirigimos amistosas dedicatorias. Entré en el Rivoire y pregunté a un camarero quién era Serge Rank.

El empleado me señaló un tipo rubio, alto, bien parecido, que estaba hablando con una jovencita de aspecto muy sofisticado.

—Serge —me presenté—. Soy Kenneth Forrest.

—Perdona, rica, luego hablaré contigo —dijo a la sofisticada y ésta, después de medirme de pies a cabeza, fue hacia el otro lado del mostrador—. ¿Qué va a tomar, Forrest? —preguntó Serge.

—Un martini seco —dije por seguir dándole a lo mismo—. ¿Qué me puede decir de Sandra, Serge?

Arrugó el ceño. Tenía unos bonitos ojos verdes que debían producir estragos entre las menores de veinte años y las mayores de cuarenta.

—Se marchó hoy a Niza.

—¿Cómo lo sabe?

—Me llamó para despedirse.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, sobre las once. ¿Por qué lo pregunta?

Tal como estaban las cosas, no podía ocultarle lo que había pasado.

—Me llamó a Nueva York diciéndome que me necesitaba porque se había metido en un lío.

Rank parpadeó y se quedó con la boca abierta.

—No entiendo a qué lío se podía referir.

—¿Cuándo estuvo usted con ella?

—Anoche mismo.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las diez.

—¿No le dijo a usted nada?

—En absoluto.

Dejé correr un par de minutos mientras bebía tragos de mi martini.

—¿Con quién trabaja ella, Serge?

—Hubert Marant.

—¿Qué tal fulano es?

—Un gran hombre de negocios.

—¿Y qué roba? Serge se echó a reír.

—Señor Forrest, si lo oyesen en su país lo harían comparecer ante el Comité de Actividades Antiamericanas.

—Estoy en Francia. ¿Puede contestar a mi pregunta?

—Oh, sí, desde luego —hizo una pausa—. Hubert Marant se ha especializado en la importación y la exportación de maquinarias.

—¿De qué clase?

—De toda clase. Trabaja con firmas muy importantes francesas y de otras nacionalidades, especialmente las del Mercado Común.

—¿Dónde están las oficinas de Hubert Marant?

Me lo dijo y yo bebí lo que me quedaba del martini.

La nena sofisticada ya había dejado de mirar hacia nosotros.

—Kenneth —dijo Serge—, creo que está perdiendo el tiempo.

—¿De veras? ¿Y por qué cree que Sandra me llamó a París?

—Quizá se le ocurrió de pronto.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es posible que se encontrase ante alguna dificultad que ella misma salvó.

—¿Por ejemplo?

—No tengo la menor idea. Pero lo que importa es que le mandó un mensajero al aeropuerto para que regrese a su país. Usted es un hombre de mundo y debe comprender las reacciones de ciertas mujeres...

El tipo pretendía darme lecciones sobre esas monerías de faldas cortas y uñas largas.

—¿Sabe una cosa, Serge...? Esa nena que despachó de momento para atenderme, va a venir hasta usted y le va a hacer una escena.

—No diga tonterías.

La nena saltó de la silla y vino hacia nosotros con la velocidad del expreso de Santa Fe. Pareció estallar. Se puso con los brazos en jarras y dijo:

—Eh, Serge, ya estoy harta.

Di unas palmaditas en la espalda de Serge y eché a andar.

—No sea mal chico con ella o tendrá que comparecer ante un tribunal.

Me metí en un taxi y di al conductor la dirección de la oficina de Hubert Marant.

CAPÍTULO III

Detrás de una mesa había una morena que tenía todo lo que debe tener una morena para volver loco a un par de hombres por minuto.

Se cubría con un vestido de punto liso, y se amoldaba tan bien a su cuerpo que daba gloria verla.

Era la encargada de recibir los visitantes de Hubert Marant.

—Quiero ver al tirano —dije y me miró como si yo tuviese cabeza de pepino, con antenas, y acabase de salir de un platillo volante.

—¿Es amigo del señor Marant?

—Tenemos los mismos gustos.

Si Hubert había elegido a una chica como aquélla y a una chica como Sandra, era que el fulano tenía un ojo clínico como el de un servidor de ustedes.

—Mi nombre es Kenneth Forrest —dije—. Necesito hablar urgentemente con el señor Marant.

—Lo siento, pero no puede verlo ahora.

—Me tendrá que hacer un hueco entre sus muchas obligaciones.

—Lo dudo, señor Forrest. El señor Marant no se encuentra en París.

—¿No? ¿Y dónde está?

—Sé que está de viaje. Pero no tiene por costumbre decirme dónde va.

—Se lo dirá a alguien.

Inspiró profundamente. Creí que se iba a tragar todo el aire de la estancia, pero me gusta que las mujeres como ella respiren hondo, porque dan lugar a escenas muy hermosas. Su vestido de punto se hinchó *por* arriba.

—Vaya al despacho siete. Se entrevistará con Charlie Dupuis. Es uno de los secretarios del señor Marant y quizá le pueda informar.

Le di las gracias y me incliné sobre la mesa.

—Todavía no sé cómo debo llamarla, preciosidad. ¿O debo llamarla a secas preciosidad?

—Genevieve.

—Es un bonito nombre, preciosidad. Mi abuelo tenía un coche que se llamaba así, pero yo prefiero su modelo.

Sus ojos empezaron a decirme algo, pero yo no tenía tiempo para descifrar mensajes, de modo que me aparté de allí.

Entré sin llamar en el despacho siete y vi a un hombre que estaba jugando con pajaritas de papel.

—Disculpe que le interrumpa su trabajo —dije.

Charlie Dupuis levantó la mirada de sus pajaritas y me observó un poco confundido.

—No estoy jugando —maulló.

—No, claro que no, señor Dupuis. Usted debe ser el estratega de la firma y está estudiando los movimientos del mercado. Apuesto a que cada pajarita representa miles de toneladas de carbón.

—Cada pajarita representa cincuenta tractores y, si suma todas las pajaritas, conocerá la envergadura de la operación que he realizado... Genevieve me ha avisado que es usted Kenneth Forrest y que quería ver al señor Marant.

—Eso es.

—Está muy ocupado. No puede recibirle —dijo y siguió moviendo las pajaritas. Por él, la conferencia había terminado.

Me senté en un sillón, crucé las piernas y encendí un cigarrillo. El tipo me miró.

—¿Qué hace ahí?

—Espero que pase el autobús. Abrió más los ojos.

—¿Es usted un loco, señor Forrest?

—La gente me lo ha preguntado tantas veces que debo estarlo. De modo que no debe arriesgarse a llamar a un sanatorio de enfermos mentales o la policía porque corre el riesgo de que salte sobre esa mesa y lo ahogue con el hilo.

Mi respuesta le asombró mucho más. Vendía tractores, pero no tenía ni la décima parte de mi imaginación.

—Pregunte de una vez, maldita sea —ladró.

—Quiero hablar con el señor Marant.

—Se marchó de París.

—¿Adónde?

—A Niza.

—¿Cuándo?

—Hace tres o cuatro horas.

—¿Qué fue a hacer en Niza?

—Va a ventilar un negocio urgente.

—¿Con quién?

—No me lo dijo.

—¿Usted es su secretario y no sabe con quién iba a ventilar el negocio?

—Oiga, ¿a qué viene este interrogatorio? Se está pasando del límite, señor Forrest...

¿Quién es usted? ¿Qué dase de investigación está realizando? Conteste ahora mismo y, será mejor que lo haga con sinceridad, o no le daré una sola respuesta más.

Dejó correr unos segundos para que se serenase y dije:

—Sandra Kuriaki.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero hablar con Sandra Kuriaki. Vine desde Nueva York para eso.

—Fue con el señor Marant a Niza. Me puse en pie.

—¿Cuál es la dirección en Niza del señor Marant? Titubeó unos instantes.

—Puedo arreglarlo, Forrest.

—¿A qué se refiere?

—Hablará con Sandra.

—Eso está bien.

Marcó un número y, tras una corta pausa, dijo:

—Señor Marant, soy Charlie Dupuis. Disculpe que le llame... Sí, ya sé que no debí hacerlo, pero se encuentra aquí un amigo de Sandra que quiere hablar con ella... Kenneth Forrest... Si, ya le di explicaciones, pero es un hombre, digamos, un poco concienzudo... De acuerdo.

Me pasó el auricular y me senté en la mesa, en el borde.

—Kenneth —oí desde la otra parte del hilo.

—Hola, Sandra.

—Te creí ya en Nueva York... ¿No recibiste mi mensaje?

—Lo recibí, pero me pareció un poco extraño y decidí hacer una comprobación.

—No hay nada extraño. Siento haberte causado molestias, Kenneth...

—Sandra, ¿estás segura de que no quieres que vaya por ahí?

—Claro que no. Todo marcha bien. De primera. Cuando vuelvas a Nueva York, saluda a Mike Lovering y dile que quizá pronto pueda verlo. Buen viaje, Kenneth.

Se interrumpió la comunicación y dejé el auricular en la horquilla. Charlie Dupuis sonrió.

—¿Satisfecho, señor Forrest?

—Sí, mucho. Gracias por todo.

—No hay de qué.

Le hice un saludo y salí de la oficina.

La recepcionista morena y sensacional me sonrió. En otras circunstancias me habría detenido para invitarla a cenar y bailar.

Pero no me podía entretener. Quería llegar cuanto antes al aeropuerto de Orly, y una vez allí debía tomar un avión.

Pero no viajaría a Nueva York, sino a Niza.

Sandra Kuriaki me había dicho por teléfono que, cuando volviese a Nueva York, saludase a Mike Lovering y que le dijese que quizá pronto podría verlo. Mike Lovering era un amigo mío que murió en un accidente, atropellado por un automóvil, cuando Sandra se encontraba en Nueva York, y la pelirroja y yo estuvimos en su entierro.

CAPÍTULO IV

Mi vaticinio meteorológico fue acertado. En Niza no llovía.

Había estado allí un par de años antes y me fui al mismo hotel, el Regis.

El encargado de la recepción se acordaba de mí. Se llamaba Frederick, y había otro tipo que tampoco se había olvidado del investigador privado americano, un botones granuja que respondía al nombre de Roger. Fue él quien llevó mi valija a la habitación.

—Estamos bien de *starlets* este mes, señor Forrest. ¿La prefiere muy tierna?

—A la plancha.

—Será servido, porque hay media docena que se tuestan todos los días al sol. Ahora sólo me tiene que decir el color del cabello.

—Roger, eso lo dejaremos para más tarde.

—¿Qué le parece una viuda deseosa de emociones fuertes tras dos años de luto riguroso y dispuesta a pagarlo todo?

—Fea como un demonio, ¿eh?

—Llévela a un baile de disfraces y así se ahorra la máscara de bruja.

—Ya basta, Roger.

—¿Una partidita de póquer?

—Vine a trabajar.

—¿A trabajar a Niza, señor Forrest? —dijo admirado—. Usted es un fenómeno.

—¿Qué te dice el nombre de Hubert Marant?

—Billetes, muchos billetes...

—Sigue hablándome de él.

—Disculpe, señor Forrest, pero el señor Marant tiene su villa propia.

—¿Dónde?

—Se llama La Garçonniere y está a seis kilómetros de Niza, en la playa.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

Le di diez francos y cantó con música de *West Side Story*.

—Tiene una rubia platino con una carrocería impresionante.

—¿Cuál es el nombre de ella?

—Gertrude Rawlins.

—¿Americana?

—Inglesa.

—¿Está con él en la villa?

—De vez en cuando.

—¿Qué quiere decir de vez en cuando?

—Casualmente, Gertrude Rawlins se hospeda aquí cuando Hubert Marant está en París.

—¿Y ahora dónde está ella?

—Se marchó esta mañana a La Garçonniere, pero volvió, y ahora está en su habitación.

—¿Cuál es?

—La 215.

—Ahora viene la pregunta más importante, Roger. Miró los diez francos y dijo:

—¿Sabe que tengo que operar a mi hermanita? Pobrecita, tiene siete años. Se puso a tener fiebre y yo la mandé al analista una y otra vez... No hubo nada que hacer. Por fin, la miraron por rayos y vieron que se trataba de un ganglio infectado. Una enfermedad muy dolorosa, y todo cuesta tanto dinero.

Le di otros diez francos.

—Haga su pregunta, señor Forrest —dijo como si le hubiese metido el dinero por una ranura.

—Escupe del buche todo lo que sepas acerca de Sandra Kuriaki.

—Qué maravilla.

—Eso ya lo sé.

—Yo no he visto unas piernas como las de ella, y le aseguro que he visto muchas.

—No te he preguntado por sus piernas. Sé perfectamente lo largas que son.

—¿Y dónde tiene la peca?

Le dirigí una furiosa mirada y él se apresuró a decir:

—Es secretaria de Hubert Marant.

—Más.

—La he visto un par de veces por aquí, pero, cosa curiosa, nunca vino con Hubert Marant. Siempre la vi en compañía del mismo tipo.

—¿Quién es?

—Un fulano rubio, que es nuestro huésped y que se llama Louis Servais.

—¿Cuándo los has visto juntos?

—Hará cosa de veinte días. Luego supe que Hubert Marant y Sandra habían regresado a París y ya dejé de ver a la señorita Kuriaki. Lo sentí mucho.

—¿Continúa aquí el huésped?

—Se marchó, pero regresó ayer. Habitación 333.

—Gracias por todo. Seguiremos hablando luego, Roger. Salimos los dos de la habitación y yo me dirigí a la 215. Llamé y una voz dijo:

—Adelante.

Lo que Roger había dicho de la carrocería de Gertrude Rawlins era muy acertado, la de un «Cadillac» de lujo. Tenía los ojos verdes, la nariz recta, y los labios muy grandes y eran rojos como las cerezas.

Me han gustado siempre las cerezas y, cuando empiezo a comer, no paró hasta despachar la última.

Ella me miró con las cejas enarcadas mientras yo contemplaba su figura que destacaba mucho con blusa y pantalones.

—Soy Kenneth Forrest, amigo de Sandra Kuriaki. He sabido que usted estaba aquí, señorita Rawlins, y me he preguntado quizá si no le serviría de molestia llevarme hasta La Garçonniere.

—Desde luego. No hay inconveniente.

—Gracias.

—Saldré dentro de media hora. Espéreme en la playa de estacionamiento. Mi coche es un «Alfa Romeo» color guinda, matrícula de Burdeos.

—Lo tendré en cuenta.

No tenía nada que decirle y salí de allí, encaminándome a la habitación 333.

Yo no tenía ninguna pista en aquel condenado asunto. De ahí mi visita a Gertrude Rawlins. Tenía que hacer saltar de algún modo la caja de sorpresas. Llamé en la habitación 333.

No me contestaron y abrí.

La llave no estaba echada por dentro, de modo que pude pasar al interior. Louis Servais estaba tendido en la cama, como si durmiese.

—Eh, Servais... No me contestó.

Fui a su lado, le puse una mano en el hombro y lo zarandé.

—Despierte, Servais.

Interrumpí mi zarandeo porque estaba tan frío como el hielo. Louis Servais jamás abriría ya los ojos porque estaba muerto.

¿Qué clase de estúpido era yo? Unos minutos antes, cuando iba por el corredor, había pedido que se abriese la caja de las sorpresas, y se había abierto, mucho antes de que yo visitara a la rubia platino.

Louis Servais tenía treinta y cinco años cuando lo sorprendió la muerte y era guapo. Se cubría con pantalón gris y camisa blanca cuando la guadaña lo segó. En su cuerpo no había señales de violencia, ningún agujero de bala, ningún cuchillo...

En la mesilla de noche vi un vaso con dos dedos de *whisky*. Lo olfateé.

Sí, no cabía la menor duda, de que con aquel *whisky* habían despachado a Louis Servais.

La botella estaba en el cajón de la mesilla de noche y quedaba la mitad.

No tenía medios para hacer un análisis del *whisky*, pero estaba claro que alguien lo había envenenado antes de que Servais llegase a la habitación. El amigo de Sandra se sirvió una ración, bebió y se encontró con su sueño. No le debió dar importancia y se tendió en la cama para dormir, y allí estaba durmiendo y durmiendo en una noche eterna.

Encontré un par de trajes en las perchas y los registré. En uno de los bolsillos había una cartera, pero no me sirvió de nada. También registré la maleta con el mismo resultado.

Fui al cuarto de baño y examiné el armario y todos los rincones, hasta los grifos del lavabo y del baño. Nada de nada.

Limpié mis huellas con el pañuelo y abandoné el apartamento

del muerto.

CAPÍTULO V

Llegué al lado del «Alfa Romeo» color guinda y, como Gertrude no estaba allí, encendí un cigarrillo.

—Hola.

Era ella. Se había puesto un pañuelo rojo en la cabeza, agregando un atractivo más a los muchos que poseía.

Puso en marcha el vehículo y la aguja del velocímetro marcó los ochenta kilómetros.

—¿Cuál es su profesión, señor Forrest?

Probablemente lo sabía, pero suponiendo que lo ignorase, se lo dirían en La Garçonniere, a mi llegada, de modo que prefería decirle la verdad.

—Investigador privado.

—¿Dónde trabaja?

—En Nueva York.

—Comprendo. Ahora recuerdo que Sandra estuvo en Nueva York hace unos meses. ¿Se conocieron allí?

—Sí.

—Sandra es muy buena chica.

—Lo es. Pasamos muy buenos ratos en Nueva York.

Me miró por el rabillo del ojo, quizá para saber si yo decía aquello con una especial intención, y la había naturalmente.

Metió el coche por un portón de hierro.

La casa era bonita, de dos pisos, con una gran terraza, enfrentada al mar.

Un tipo con aspecto de *gángster* americano jugaba con un perro, que poseía unos dientes capaces de merendarse a King-Kong.

Al vernos llegar, le gritó al perro.

—Lárgate, «Nick», ya jugamos bastante.

El tipo era mucho más grande que el perro y también sus dientes eran respetables. Me dirigió una sonrisa, pero había muy poca amabilidad en ella.

Sin embargo, debía de ser sólo un guardián, porque Gertrude no le hizo caso.

—Venga conmigo, señor Forrest. Fuimos a la terraza.

Un hombre estaba sentado en un sillón metálico. Sostenía con la diestra un vaso con una abundante ración de *whisky*, y eso me hizo recordar el *whisky* que Servais había ingerido para morir.

Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era gordo, ventrudo, con el cráneo casi pelado. Sólo se cubría con un *slip* y eso le hacía parecer un Buda.

—Hubert —dijo Gertrude—. Éste es Kenneth Forrest, amigo de Sandra Kuriaki. Se quedó convertido en un monolito y por eso pareció más que nunca un Buda. Le di mi mano y él tardó unos segundos en atraparla.

—Celebro conocerlo, señor Forrest. Sandra me ha hablado mucho de usted. Lo creí en Nueva York.

—¿Por qué lo creyó?

—Sandra habló con usted cuando estaba en París y le dijo a ella que regresaba a los Estados Unidos.

—Cambié de opinión. No tenía nada que hacer en los Estados Unidos y me vine a Niza.

¿Dónde está Sandra? Se hizo un silencio.

—No está aquí —dijo al fin Hubert Marant—. Se fue.

—¿Adónde?

—Se despidió.

Aquello no me gustó nada.

—¿Qué pasó, señor Marant?

—Sandra me habló de que había encontrado un empleo mejor.

—¿Con quién?

—No soy indiscreto, señor Forrest. Si un empleado siente deseos de marcharse de mi lado, es porque a él le conviene el cambio de aires.

—¿No trató de retener a Sandra?

—Desde luego. Sandra era una chica eficiente.

—¿Era?

Esbozó una sonrisa.

—Ya no trabaja para mí, señor Forrest. Era.

—Continúe.

—Sandra y yo nos hemos llevado muy bien. Estaba dispuesto a pagarle el doble de su sueldo, pero ella rechazó mi nueva oferta.

—¿Cuándo se marchó?

—Hace una hora.

—¿La llevó alguien a la ciudad?

—No. Se fue ella sola, en su coche.

—¿No dijo si se detendría en Niza?

—No se lo pregunté, señor Forrest.

Todo aquello era muy extraño. Desde luego no estaba dispuesto a creer una palabra del Buda hablador.

—Disculpe, señor Forrest —dijo—, pero es mi hora de gimnasia. Sostengo una gran lucha con mi peso.

Como muy poco, ¿sabe? Pero todo me alimenta, según dicen los especialistas. Cuestión fisiológica.

Nada tenía que hacer allí.

—Gracias por su información, señor Marant.

—Tuve mucho gusto en conocerle, Forrest... Ah, y si ve a Sandra, díglele que lo piense mejor y que puede volver a trabajar conmigo cuando quiera. Con el aumento.

Di una sacudida con la cabeza y sonreí a Gertrude.

—Tendrá que llevarme otra vez a Niza, Gertrude... ¿O pasa por aquí algún autobús? Marant intervino antes de que lo pudiese hacer Gertrude:

—Robert lo llevará. Díselo, Gertrude. Salimos a la terraza.

El matón estaba jugando otra vez con el perro.

—Robert, lleva al señor Forrest a la ciudad —dijo Gertrude.

—¿Utilizo su coche?

—Ya te he dicho que no quiero que cojas el «Alfa Romeo».

Llévate el

R-16.

—Como usted quiera. ¿Vamos, Forrest? Miré a los ojos verdes de Gertrude.

—¿Qué hay de verdad en la marcha de Sandra, Gertrude? Las aletas de su nariz palparon.

—¿Duda de la palabra del señor Marant?

—Si yo creyese en la palabra de Hubert, me llamaría idiota tres veces delante del espejo.

—No le comprendo.

—Claro que comprendes. Aquí hay algo sucio...

Abrió la boca para decir algo, pero no dejó escapar ningún sonido.

—Yo veo las cosas así —le dije—. Sandra descubrió algo podrido relacionado con Marant, y se iba a ir de la lengua. Entonces pidió mi ayuda. Pero Marant se informó del asunto y le apretó las clavijas. Por eso, la propia Sandra me dijo que regresase a Estados Unidos.

—No sé de qué me hablas.

—Es bueno cambiar de bando. Te estoy proponiendo que te pases al mío. Ella levantó la barbilla.

—Como todos los investigadores privados americanos, tienes mucha imaginación, Kenneth. Buena suerte.

Dio media vuelta y se alejó. Oí el sonido del claxon.

Robert se acercaba manejando el volante del

R-16.

El perro se puso a ladrarme.

—Calla, «Nick» —dijo Robert.

Sin embargo, «Nick» me enseñó sus dientes y arrugó toda la cara. Es lo que hacen los perros cuando se van a lanzar sobre su presa.

—«Nick», él ya se va —dijo Robert.

Entré en el auto y Robert rió a golpes, diciendo:

—No le fue simpático al perro. Será mejor que no vuelva por aquí o lo hará pedazos. Era una amenaza.

No hice el menor comentario. Encendí un cigarrillo y nos pusimos en camino.

Al cabo de un rato, saqué un puñado de billetes del bolsillo, como cincuenta francos.

—Robert —dije—, quiero información acerca de Sandra.

—¿Quién es Sandra?

Agregué más billetes hasta llegar a los cien.

—Sandra Kuriaki, la secretaria de tu patrón —repetí—. Sé que ella no se despidió.

—Me va por la cabeza algo de una secretaria... Oh, sí, ahora

recuerdo. Se llama Louise y era inglesa... Qué estupenda chica. La perdimos porque decidió casarse. Louise ha sido la secretaria más bonita de Hubert Marant. Ya han pasado dos años de aquello y tiene dos hijos. La vi hace poco tiempo en Londres. Se ha convertido en una gorda y se pone a sudar y a sudar cuando el termómetro marca los veintitrés.

Guardé el dinero porque no tenía nada que hacer.

—¿Dónde quiere que lo deje? —preguntó Robert cuando llegamos a la ciudad.

—En la policía.

—¿En la policía?

—Sí.

—¿Por qué quiere hablar con la policía?

—Yo tenía un amigo en Nueva York y se llamaba Louis. En dos años se casó y empezó a engordar y a engordar.

Soltó una risita y frenó el coche junto al bordillo de la acera.

No vi ninguna comisaría, sino el escaparate de una tienda de modas, y un poco más allá, las mesas de un café.

Robert se volvió hacia mí y me golpeó en el pecho con el dedo.

—Le voy a dar un consejo, amiguito.

—Adelante.

—Deje en paz al señor Marant. El no se mete con nadie. Sólo se dedica a sus negocios, y si una empleada suya lo quiere abandonar, es cuenta de ella. Ahí lo tiene todo explicado. Busque a Sandra y hágale todas las preguntas. Es la única persona que le puede responder. ¿Ha quedado claro?

—Sí, perfectamente.

—Ahora baje.

Bajé del coche, pero mantuve la puerta abierta.

—Me estoy haciendo una pregunta, Robert.

—No me interesa.

—Claro que te interesa, porque también le puede interesar mucho a tu patrón.

—Está bien. ¿Cuál es la pregunta?

—Si Sandra estuviese muerta, ¿a quién tengo que hacer las preguntas? Se quedó callado.

Yo pegué un empujón a la portezuela y la cerré. Luego me fui hacia el café. Oí el ruido del motor a mi espalda y me apresuré a

apartarme de la calzada.

El

R-16

emprendió una loca carrera, rugiendo como un animal y tomó la próxima curva con chirriar de neumáticos.

Me detuve a la puerta del café, y ahora que estaba solo, me hice la pregunta a mí mismo. ¿Y si Sandra estaba muerta?

CAPÍTULO VI

No, no valía la pena ir a la policía.

Comí en un restaurante y me fui al hotel para preparar mi excursión nocturna. Ustedes ya pueden suponer qué lugar a visitar. La Garçonniere.

Me puse el traje oscuro y zapatos con suela de crepé. No olvidé la linterna, los guantes.

Sólo me faltó la capa de Supermán, pero la había dejado en Nueva York, porque la tenía demasiado usada.

Cerca del hotel había una casa de alquiler de coches. Elegí un «Tiburón» negro para que hiciese juego con mi indumentaria.

Lo malo era que había luna llena y muchas estrellas.

Me detuve en el mismo restaurante en donde había comido y logré que el camarero, al que había dado una buena propina, me vendiese un trozo de carne de lo mejor. Deseé con todas mis fuerzas que «Nick» estuviese hambriento. Luego fui a una farmacia, compré cierta medicina, convertí en polvo media docena de comprimidos, y metí éste en la carne.

La asociación protectora de animales me iba a borrar de su lista de socios.

Dejé el coche entre unos pinos, a un cuarto de milla de la casa, e hice el resto del camino a pie.

La puerta de hierro estaba cerrada, pero la tapia no era una dificultad para mí, y pasé a la otra parte.

Esperé un rato, porque no sabía por dónde podía estar «Nick». Oí un ladrido a lo lejos. Ya me había olfateado.

Yo tenía la carne en una mano y la pistola en la otra. El perro vino hacia mí ladrando y se detuvo:

—«Nick» —dije—. Puedes elegir. Carne o balas.

Al mismo tiempo que decía eso, le eché la carne.

«Nick» gruñó olisqueando la carne, me miró con ojos que parecían dos brasas, pero finalmente se decidió a morder la carne y la pasó al estómago.

Meneó la cabeza protestando porque el bocado no le había caído muy bien. Se tambaleó, emitió un aullido, pero lo cortó enseguida y se derrumbó.

La terraza estaba a oscuras y fui hacia allí y vi una ventana abierta. Me aproximé. Oí la voz de Hubert Marant.

—La mercancía estará mañana en Marsella, Raymond.

—¿A qué hora?

—Doce de la noche.

—¿Irás tú o delegarás como siempre en mí?

—Esta vez iré yo, Raymond. El cargamento es demasiado importante. Cinco millones de francos. —Hubert rió—. El mayor negocio de mi vida...

Raymond era un tipo de voz ronca y ahora dijo:

—Estudié el negocio hasta los más pequeños detalles. No tiene por qué salir mal... En eso intervino Gertrude:

—Sin embargo, estuvo a punto de estropearse por esa estúpida secretaria.

—Ya no es problema —dijo Hubert.

Raymond intervino de nuevo:

—Se ha cometido un error y me extraña mucho en ti que lo hayas consentido, Hubert.

—Cuidado, Raymond. No me gusta el tono de tu voz. Además, no tenemos por qué preocuparnos con respecto a ese americano.

—Yo creo que sí debemos preocuparnos —repuso Raymond—. He telefoneado al hotel donde se hospeda y continúa allí.

Hubo un silencio y Hubert dijo:

—Habría creído conveniente quedarse hasta mañana.

—Suponte que no se va mañana.

—No tengo por qué suponer nada.

—¿Y si continuase investigando el paradero de Sandra?

—Le dije que ella se había despedido. ¿Por qué no tiene que ser verdad?

—Hay investigadores como Kenneth Forrest que resultan pesados.

—Si se pone pesado, le arreglaremos las cuentas. En ese momento se abrió una puerta.

—¿Qué pasa, Robert? —preguntó Hubert Marant al recién llegado.

—La prisionera ha sufrido otro ataque.

—Ponle una inyección, Raymond.

—He pensado algo mejor.

—No me interesa lo que hayas pensado.

—¿Por qué no acabar de una vez con ella?

—Ya imaginaba que sería eso y no quería oírte.

—¿Qué inconveniente hay en que esté muerta, Hubert?

—Eres demasiado aficionado a matar.

—No sirve de nada tu tratamiento.

—Claro que sirve, Raymond. Sólo lleva dos inyecciones y el tratamiento completo son seis.

—¿Qué pasará después con ella?

—Sencillamente, que podría ir por el mundo sin que nos haga ningún daño. Su cerebro estará limpio. No recordará absolutamente nada y la chica quedará para que la encierren en un sanatorio. Eso es nuevo para ti, ¿verdad, Raymond? Estás demasiado acostumbrado a usar la pistola y el cuchillo. La ciencia existe para algo, y la ciencia ha avanzado mucho durante los últimos años... Ya lo ves, ahí tienes el caso de Louis Servais... Tú también lo habrías eliminado a cuchillazo limpio o metiéndole una bala en el cráneo. Sin embargo, con un poco de veneno, el hombre dejó de molestar... ¿Alguna objeción?

—Muy bien. Lo haremos a tu manera.

—Eres muy amable.

Raymond salió de la estancia.

Yo me aparté de la ventana porque me interesaba saber dónde se encontraba Sandra. La puerta de la terraza estaba entornada y me colé en el interior de la casa.

Robert y Raymond subían por una escalera del fondo.

Por fortuna, habían cerrado la puerta donde se encontraban Hubert y Gertrude.

Subí la escalera y llegué a lo alto en el momento en que Raymond y Robert entraban en la habitación del fondo.

Fui muy aprisa hacia allí porque no estaba dispuesto a consentir

que Sandra sufriese la tercera inyección del tratamiento inventado por Hubert para deshacerse de sus enemigos.

Abrió la puerta de un tirón y entré.

Robert y Raymond estaban inclinados sobre la cama, en donde se encontraba Sandra. Los dos se volvieron a un tiempo y me miraron con verdadero interés, pero eso era lógico, porque yo empuñaba una pistola.

—Hola, Robert —saludé con jovialidad.

—Conque no aceptó el consejo, ¿eh?

—No resultó bueno, a pesar de tus golpecitos en mi pecho...

—Resultará peor para ti.

—Eres la mar de gracioso.

Raymond era un tipo alto, rollizo, mofletudo, con cabello cortado a cepillo.

—¿Kenneth Forrest?

—El mismo, con pistola y ganas de ajustar las cuentas a unos bastardos que no los quiero señalar, pero que los tengo delante.

—Eh, un momento, Forrest. No se precipite.

—Anda, dime ahora que Sandra se encuentra muy malita. Que fue cosa de un empacho por comer demasiada ciruela, y que vosotros sois sus amigos y que la estáis cuidando como la cuidaría su madre...

—Lo creas o no, es así.

—¿Y qué hay de la mercancía de Marsella?

Se puso pálido y sus ojos destellaron intensamente.

—Escuchaste por la ventana —dijo.

—Te van a dar un premio por lo inteligente que eres, Raymond.

—Esto se puede arreglar.

—Claro, se puede arreglar, si os meto a todos en un panteón.

—Diez mil francos.

—Cierra la boca o te la cierro yo de un pildorazo.

—Está bien. Admito que ha sido poco. Cincuenta mil. El tipo sabía pujar.

—Te has quedado corto, Raymond, teniendo en cuenta que se trata de un negocio de cinco millones de francos.

Esbozó una sonrisa porque creyó que me estaba convenciendo.

—Todo el mundo tiene que ganar, y hay mucha gente mezclada en esto. Pero, si hablamos con Hubert, estoy seguro de que él podrá

agregar unos billetes más a tu parte. Sandra se movió en la cama y soltó un gemido.

En la mesilla de noche había una bandeja con todo lo necesario para inyectar, la ampolla, la aguja hipodérmica y un hornillo eléctrico.

Robert creyó que me había distraído y quiso aprovechar su oportunidad. Saltó sobre mí, lanzándome el puño a la cara.

Yo lo burlé fácilmente con un quiebro y le pegué con el cañón de la pistola en la nuca. Soltó un gruñido y se desplomó, estrellando la cara contra el suelo.

—Conque ése era el acuerdo... —dije.

Raymond había dado un paso para secundar a su cómplice, pero yo había reaccionado tan rápidamente, que no le di tiempo para darme la sorpresa.

—Robert es un estúpido —dijo.

—Y tú otro.

—Mi oferta sigue en pie.

—Date la vuelta.

—¿Para qué?

—He dicho que te des la vuelta o te meto una bala en la barriga. Y no creas que voy a andar con remilgos. He despachado a hijos de perra con más corazón que tú.

Se dio la vuelta y le pegué en la cabeza con la culata. Lanzó un grito y cayó como su compañero.

Entonces me acerqué a la muchacha.

—Sandra —la llamé.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar. La zarandeeé.

—Sandra, despierta. Soy yo. Kenneth Forrest.

Traté de incorporarla, pero su cabeza colgó lánguidamente.

—Déjeme quieta, por favor... Quiero morirme... Sólo eso...

—Sandra, soy yo, Kenneth Forrest... Vamos a salir de aquí, pero tienes que ayudarme. En ese momento oí una voz a mi espalda.

—No, Forrest, no va a ayudarla, porque usted también se va a quedar y será para siempre...

CAPÍTULO VII

Empecé a volverme y todavía no había soltado la pistola.

—¿Quieres morir con una bala en la espina dorsal? —No me gustaría— contesté, deteniéndome.

—Deja caer el arma.

Solté la pistola y cayó en la cama, porque todavía estaba inclinado sobre Sandra. Entonces me enderecé y di la vuelta.

El fulano tenía mejillas chupadas, cejas espesas y nariz aguileña. Como mínimo habría matado a un centenar de personas.

—Usted es americano —sonrió.

—Sí.

—Conozco a los americanos. Tienen una pinta especial.

—Celebro que le gusten los americanos.

—Todo lo contrario. Los odio con todas mis fuerzas, y por eso no lo maté a la primera.

—¿Quieres decir que me reservas algo especial?

—Sí.

—¿Qué cosa? Te lo pregunto para ir haciéndome el ánimo.

—Te voy a dar corrientes.

—¿Cómo debo llamarte?

—André.

—Escucha, André. No estoy enfermo y no necesito las corrientes para nada.

—No te las voy a dar para que te cures. Todo lo contrario. Te voy a dejar bizco, con la lengua torcida.

—¿Voy a ser un asco de hombre...?

—Seguro.

—No puedes decepcionar tanto a las chicas que me consideran como el tipo más atractivo del mundo.

—Me gustaría conocer la opinión de esas chicas cuando te vean, después de que te hayas marchado de aquí.

—¿Crees que me podré ir con mi propio pie?

—No. Pero nosotros te dejaremos en alguna parte donde alguien te pueda recoger. Cerca de algún hospital.

Era la conversación de más profunda filosofía que había sostenido yo durante los últimos cinco años. Pero claro, la culpa no era mía por que el tipo no daba para más.

—Anda, ven conmigo —dijo.

—Preferiría quedarme un rato más con Sandra. Hemos estado mucho tiempo separados y los dos nos echábamos de menos.

—Basta ya o disparo, y te aseguro que la bala no te va a mandar al cementerio. Sé donde colocar un plomo para que haga mucho daño sin causar la muerte.

—Está bien, André. Iré contigo.

Miré a Sandra. Otra vez parecía dormida.

Me dejé caer en la cama y ya mi mano se estaba apoderando de la pistola.

El tipo hizo fuego.

La bala mordió en el colchón.

No podía dejarle otra oportunidad y disparé dos veces.

André recibió los dos impactos en el pecho y retrocedió por el hueco, golpeando contra la pared del corredor. Luego se vino abajo sin emitir una sola protesta.

Raymond estaba volviendo en sí y le sacudí en el mismo chichón.

Yo no sabía cuántos tipos había en la casa, pero con aquel ruido, se iba a despertar hasta el gato, ya que el perro había ingerido demasiada carne con adormidera.

Despojé a Raymond y Robert de sus armas y zarandeeé a Sandra.

—Sandra, la casa se quema... Otra vez abrió los ojos.

—Kenneth... —dijo.

—Sí, nena. Soy yo.

—¿Cuándo has venido?

—Te lo contaré más tarde. Ahora tenemos que salir de aquí. Eres prisionera de Hubert y hay mucha gentuza en esta casa.

—Oh, sí..., Hubert...

—Ya me lo dirás luego... ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí.

Creyó mal, porque apenas puso los pies en el suelo, se habría derrumbado de no sostenerla yo.

La cogí por las piernas y me la eché sobre el hombro. Dio un gritito.

—¡Kenneth, déjame, puedo andar!

—Calla, nena. Ésta es la única forma de salir o tardaríamos un par de años. Asomé la cabeza.

El corredor estaba despejado.

Caminé hacia la escalera y en ese momento, oí la voz de Hubert Marant.

—Kenneth, ¿está ahí? No le contesté.

—Kenneth, sé que ha logrado burlar a los vigilantes, de lo contrario, ellos me habrían avisado de lo que pasa. Sólo usted puede haberse atrevido a llegar hasta la casa... Quiero hacerle un ofrecimiento. Es por el bien de usted y de la chica. Aquí somos cuatro hombres y todos armados. No podrá escapar.

No sabía si decía la verdad con respecto a los cuatro hombres, pero debía admitir que un negocio de cinco millones de francos, o sea, el equivalente a un millón de dólares, tenía que estar aderezado con tipos de la peor calaña.

—Está bien, Hubert. Hable.

—Entréguese.

—¿Ése era el ofrecimiento que me iba a hacer?

—No me ha dejado terminar.

—Pues acabe pronto y procure que su propuesta tenga más sentido.

—Ustedes dos permanecerán aquí. No les haremos ningún daño. Tiene mi palabra de que no los mataremos.

—Admito que cumpliría su palabra, Hubert.

—Celebro que hayamos llegado a un acuerdo tan rápidamente.

—Ahora es cuando usted no me dejó terminar a mí, Hubert. Usted no me mataría, pero pondría en práctica su tratamiento. Ya sabe, seis inyecciones y uno no recuerda ni a su madre.

—Sólo se trata de una intoxicación pasajera.

—Oh, sí, claro. Una vez usted nos haya pegado los jeringazos, podemos ser internados en un hospital, y dentro de quince o veinte años quizá recordemos nuestro nombre.

—Es usted un pesimista, Kenneth.

—Yo diría que soy un realista, y no tendré más remedio que abrirme paso a tiros.

—No se lo aconsejo.

Dejó a Sandra en el suelo. Se había dormido.

Entonces cogí otra pistola con la mano izquierda, di un salto hacia la escalera y me puse a disparar a tontas y a locas, pero con eso impedí que me sacudiesen un plomazo de improviso.

Abajo sólo vi a un tipo detrás de una columna, y dirigí hacia él mis disparos.

Las dos primeras balas chocaron contra la columna, pero la tercera le hizo puré el hombro.

El tipo se puso a dar gritos. Salió de la columna y fue dando vueltas hacia el *living*.

No me gusta rematar a los heridos y dejé que se ocultase.

Un tipo cometió la imprudencia de salir de su escondite pegando tiros, pero él lo hizo como yo antes, sin puntería.

Aproveché la ventaja y le metí una bala entre los dos ojos.

Dijo una palabra que no entendí bien porque no era francés, y cayó para no levantarse más.

No apareció otro enemigo y la casa quedó envuelta en un silencio.

Volví a coger a Sandra y me la cargué en el hombro. Había sustituido las pistolas por otras que estaban repletas de balas y empecé el descenso de la escalera.

Corrí muy aprisa hacia la puerta de salida, pero luego doblé hacia la terraza.

Eso estuvo a punto de ser fatal para mí, porque sonó un disparo y la bala me quemó la oreja.

El tipo estaba detrás de un sillón de mimbre, pero no le valió porque le metí una bala en los intestinos y se puso a cantar en grande todo el repertorio que había aprendido en sus veinticinco años de vida. Quizá pensó que iba a acabar con él y se arrojó de lo alto de la terraza, o también pudo ser que se volviese loco.

Eché a correr por el camino que conducía a la verja de hierro.

Noté que todo estaba más oscuro y bendecí a las nubes que habían ocultado la luna llena.

Desde la casa hicieron dos disparos, pero ya estábamos muy

lejos y las balas silbaron muy lejos de nosotros.

Abrí el portón de hierro y unos segundos después llegué al auto con mi carga. Ocupé el asiento delantero y miré a mis espaldas. Nadie nos había seguido. Había colocado a Sandra a mi lado. Hice arrancar el coche.

Cuando estábamos lejos de allí, di un suspiro de alivio. Había ganado el primer asalto.

Tenía a Sandra conmigo, a la mujer que ya había dado por muerta. La pelirroja despertó.

—Kenneth, ¿dónde estamos?

—En mi auto.

—¿Y Hubert?

—Nos libramos de él.

—¿Lo mataste?

—No. Hubo un par de muertos, pero ninguno fue tu ex patrón. Lo siento mucho, nena, pero no se me puso a tiro.

—Dios mío, ¿qué me pasa? Me zumban los oídos... Creo que me voy a morir, Kenneth. Seguramente me envenenó.

—No, Sandra. Hubert te tuvo en tratamiento, pero no para matarte. Te inyectaba una droga para dejarte limpia la mente.

—¿Un lavado de cerebro?

—Sí, algo parecido.

Se apretó las sienes con fuerza.

—Kenneth —dijo—, estoy muy enferma... Muy enferma...

—En un momento llegamos a la ciudad. Te internaré en un hospital. Ya no me escuchaba. Había vuelto a dormirse.

CAPÍTULO VIII

Yo estaba fumando un cigarrillo sentado en un banco del corredor. Sandra era atendida por el doctor Bardin y dos enfermeras.

Mientras esperaba sopesé la situación. Hubert Marant estaba metido en un negocio de cinco millones de francos. No podía llamar a los polis, porque cuando fuesen allá no encontrarían nada, y si encontraban los cadáveres, se comprobaría que yo había matado a los tipos y entonces me buscarían complicaciones.

El doctor salió de la habitación y me puse en pie.

—¿Cómo está ella?

—Tardará en recuperarse varios días. Sufre una gran depresión nerviosa.

—¿Se ocupará de todo, doctor?

—Desde luego. No se preocupe.

—¿Está consciente ahora?

—Sí.

—¿Puedo verla?

—Sólo cinco minutos.

—Tendré bastante.

Salieron las enfermeras y yo entré en la habitación. Sandra estaba inmóvil, los ojos cerrados.

Me acerqué a la cama.

—Sandra —la llamé.

Ella abrió los ojos y me sonrió.

—Gracias —dijo.

—Olvídate de eso o me partirás el corazón.

—Siempre tan bromista.

—¿Puedes hablar?

—No recuerdo nada.

—Yo te ayudaré, Sandra. Oí una conversación entre Hubert Morant y el tipo que debe ser su lugarteniente Raymond.

—Sí, Raymond es el brazo derecho de Hubert.

—Hablaban de un negocio que iban a ventilar mañana en Marsella a las doce de la noche.

—No sé nada... Quiero recordar, pero no puedo.

—Hay en juego cinco millones de francos.

Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Su mirada erró por la estancia.

—Voy a perder el sentido, Kenneth.

—No, Sandra, es que tienes sueño...

—Oh, sí, me pesan mucho los párpados.

—Te voy a dejar dormir, pero antes has de decirme algo.

—¿Avisaste a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tal como están las cosas, yo podría pasarlo mal, y Marant se reiría de mí y no tendría ningún impedimento para realizar su negocio.

—No puedo recordar —repitió.

—Inténtalo, Sandra. Sólo un nombre, una fecha.

—No sé nada.

—¿Qué clase de mercancía?

Transcurrieron unos quince segundos. Ella movía la cabeza débilmente.

—Droga... Eso es, droga...

—¿Cuál es el nombre del barco?

—Lo ignoro. Nunca lo supe... Espera, Kenneth, ya lo tengo.

—Dime.

—Max Krumer.

—¿Quién es Max Krumer?

—Debes ver a Max Krumer. Calle Rasseau 42, en Marsella... Tengo sueño... No puedo más... Quiero dormir...

Dobló la cabeza y quedó con los labios entreabiertos.

En ese momento se abrió la puerta y entró una enfermera.

—Lo siento, señor Forrest, pero el doctor dijo cinco minutos.

—Ya tuve bastante. Salí de allí.

Era importante que Sandra quedara vigilada.

Entré en la cabina telefónica y llamé a mi amigo Peter Lenzen, un apátrida, con residencia en Niza, y que había trabajado conmigo cuando estuve por primera vez en la Costa Azul. Le dije de qué se trataba y que trajese un compañero que fuese rápido con los puños y eficiente con la pistola.

En veinte minutos tuve allí a los dos. Peter era pequeñajo, pero resultaba engañoso. Tenía tanto coraje como Cassius Clay. Su compañero casi le doblaba en tamaño, con cara de comerse diariamente una tonelada de hígados de gorila.

Les hablé de Sandra y les dije de qué forma harían la vigilancia, uno fuera y otro dentro. Hablé con la enfermera y presenté a Peter y a su compañero como primos de Sandra. Puesto que Morant terminaría su negocio al día siguiente, la guardia no duraría más de un día o dos. Pagué doscientos francos a cada uno y acordamos que les daría otros doscientos francos en cuarenta y ocho horas.

Finalmente, salí del hospital, subí al «Tiburón» y me fui al hotel. Necesitaba una ducha y prepararme para el viaje a Marsella.

El botones Roger se metió conmigo en el ascensor.

—Han preguntado por usted.

—¿Quién?

—H. M. y aclaró que usted lo recordaría.

—¿Y qué quería?

—Me da vergüenza decírselo, señor Forrest.

—Tú no sabes lo que es eso.

—Está bien, si usted lo quiere, ahí va. —Hizo una pausa—. H. M. me dijo que usted es un hijo de perra y que le había estropeado el negocio, que ya no podría hacerlo y que se marchaba a Turquía.

—¿Algo más?

—Eso fue todo.

—Gracias, muchacho.

Habíamos llegado y salí del ascensor.

—Eh, señor Forrest, ¿no olvida nada? Alargaba la mano pidiendo propina. Le puse un billete en la palma.

Poco después, estaba bajo la ducha. Fue confortable sentir el agua fría sobre mi piel porque había sudado bastante mientras estuve en La Garçonniere.

Me estaba secando cuando oí un ruido en la habitación. Empecé a soltar maldiciones mientras me anudaba la toalla.

Salí al dormitorio y entonces vi a mi visitante.

Era una chica preciosa. No parecía tener más de dieciséis o diecisiete años. Una Lolita rubia, con ojos grandes.

Estaba de pie y mascaba goma. Con su mano derecha manejaba una pistola.

—Es una lástima —dijo.

—¿A qué te refieres, ricura?

—A ti. Me han dicho que te tengo que matar.

Su voz sonaba monocorde y su cara no reflejaba ninguna emoción.

—Eh, chica, un poco más de cuidado. Soy un adulto y tú una menor.

—¿Y qué?

—No debes matar a las personas mayores que tú.

—¿Qué más?

—Debes volver al colegio. Seguro que la profesora ya notó tu falta.

—Ja, ja —dijo y se quedó seria.

Me volví hacia la mesilla de noche donde yo tenía tres pistolas.

—Eso no, o va bala —dijo y arqueó el dedo en el gatillo. Frené en seco.

—¿Cómo debo llamarte?

—Ángel. No es mi nombre, pero me gusta que me llamen Ángel.

—¿Quién te puso ese nombre?

—Un tipo grandote como tú, pero no era ni la mitad de guapo... ¿Sabes? Eres muy guapo...

—Sí, lo soy —convine.

—Procuraré que conserves la buena cara. Para eso no debes moverte. Tengo puntería. Te haré un pequeño agujerito en el pecho.

—Eh, un poco más despacio. Te has equivocado de habitación. No soy el tipo que tú crees.

—Kenneth Forrest.

—¿Lo ves? Te equivocas.

—Oh, sí, claro; tú eres

Jean-Paul

Belmondo...

—¿Qué más quisiera yo? Soy Rock Hudson.

—Ja, ja —repitió y quedó muy seria.

—Ángel, ¿quién te paga?

Sabía quién le pagaba, naturalmente, pero tenía que ganar tiempo. Aquella chica era una retrasada mental. De buena gana le habría preguntado de qué reformatorio se había escapado, pero estaba seguro de que no le gustaría hablar del tema.

—Como si no lo supieses... Me paga Hubert Marant.

—Oye, tengo un plan... Te voy a llevar a cenar.

—No puedo. Estoy comprometida con el tipo que no es la mitad de guapo que tú.

—Claro, primero a trabajar y luego a divertirse.

—Eso.

—Entonces, te voy a hacer cambiar de idea. Tú y yo nos vamos a cenar y nos cargamos al tipo que es la mitad de guapo que yo. ¿Qué te parece? Bueno, ¿verdad? Te quedas con el mejor.

—Me aburres... Me aburres mucho —bostezó.

—Espera a oír un par de chistes de los buenos.

—La próxima vez.

—No habrá próxima vez, según tú...

—Somos átomos. Nos separamos y nos volvemos a unir. En eso consiste la vida y la muerte. Tus átomos se separarán ahora, pero se volverán a mezclar.

Salté sobre ella porque ya no podía esperar un minuto más. La chica se estaba excitando con aquella historia de los átomos.

Le pegué en la muñeca porque mi salto se quedaba corto y no podría atraparla del cuello.

—¡Bastardo! —gritó cuando yo golpeaba contra el suelo. Su pistola había ido a parar junto a la pared.

Ella echó a correr.

Yo también corrí. Ahora medí bien la distancia y caí sobre ella.

Dimos vueltas por el suelo, ella dando gritos. Otra vez tenía la pistola en la mano, pero le retorcí la muñeca y tuvo que soltar el arma.

Quedé encima de ella y le pegué dos bofetadas que sonaron como disparos. Se quedó asombrada y, de pronto, se puso a hacer pucheros.

—Grandísimo sinvergüenza... Estás abusando de mí. Le solté

otra bofetada.

—¡A callar!

Se mordió el labio inferior. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Me puse en pie y ella corrió a gatas en busca de la pistola.

Di dos pasos y le pegué un patadón al arma mandándola al otro lado de la estancia. Levantó la cara y me miró llena de furia. Ahora estaba mucho más hermosa con el cabello cubriéndole el ojito izquierdo.

—Levántate —le ordené.

—No puedo. Me has doblado un tobillo.

—Déjate de cuentos.

—Tengo los riñones hechos polvo... Ayúdame tú. Me acerqué a ella, la cogí del brazo y tiré.

Me miró con sus grandes ojos de un modo muy romántico.

—Kenneth, no pensarás en serio que iba a disparar —dijo con el gesto más candoroso del mundo.

Entonces comprendí por qué la habían llamado Ángel.

Estaba con los labios entreabiertos, esperando que yo la besase. La aparté de mí pegándole un empujón y dio un grito.

—Calla, o te sacudo —dije—. Contestarás a mis preguntas.

—Empieza y acaba pronto. Quiero perderte de vista.

—¿Crees que vas a salir de aquí, así por las buenas?

—¿Y qué vas a hacer?

—Te entregaré a la policía.

—¡Y un cuerno me vas a entregar a la policía! No tienes nada contra mí.

—Nada, salvo que entraste aquí con la intención de matarme.

—¿Quién te va a creer?

Otra vez puso aquel gesto de candor y aposté a que antes me llevaría a mí la policía por corruptor que a ella por intento de asesinato.

—¿Qué relación tienes con Hubert Marant?

—Me dijo que me convertiría en una estrella.

—¿De teatro?

—No, de cine. Va a rodar una película, ¿sabes? Bueno, él es el productor. Yo saldré bañándome en una tinaja.

—¿Leche de burra como Cleopatra?

—Jabón, estúpido.

—No hay detergente bastante para limpiarte, pequeña.

—Eh, que yo me lavo todos los días.

—No te vayas por las ramas. Te pregunté por Hubert Marant.

—Oye, te puedo decir muy poco. Me dijo que viniese aquí y que te diese sus recuerdos.

—¿A cuántos has dado recuerdos?

—A nadie.

—¿Esperas que te crea?

—Oye, no soy una asesina.

—¿Por qué entonces me ibas a despachar?

—Porque tú eres el asesino.

—¿Qué te dijo, Hubert?

—Que habías matado a dos hombres y que secuestraste a su secretaria. Eres un tipo de cuidado, un hombre que no conoce la ley...

—¿Dónde está Hubert?

—Se marchó.

—¿Adónde?

—A Marsella.

—¿Cuál es su dirección en Marsella?

—No me la dijo.

—¿Cómo te ibas a reunir con él?

—Yo no me iba a reunir con él. Vivo aquí en Niza. El me paga el apartamento hasta que empiece el rodaje de la película.

—¿Qué sabes de un negocio de Hubert Marant de cinco millones de francos?

—Caramba, ya veo que no me equivoqué; es un pez gordo.

—Sí, es un pez gordo, pero yo lo voy a desinflar, de modo que te voy a dar un consejo. Búscate otro productor.

Echó a andar hacia mí, sonriendo.

—Ahora que hemos firmado la paz, creo que aceptaré tu invitación para cenar.

—No hay cena. Y no te acerques más o te ganas otro tortazo.

Se detuvo y apretó los dientes. Por un momento creí que me iba a soltar un chorro de veneno, tal era la furia que expresó su bonito rostro.

—¿Puedo recoger mi pistola?

—Claro que no.

—Es mía.

—Pero te vas sin ella porque no quiero que me des tus recuerdos... ¡Fuera! Echó a andar y cuando abrió la puerta se volvió y dijo:

—Idiota.

Luego salió definitivamente del apartamento.

CAPÍTULO IX

Ya había llegado a mi destino, el número 24 de la calle Rousseau, en Marsella.

Era un taller de reparación de automóviles. El nombre de Max Kramer estaba en la puerta.

Media docena de empleados trabajaban dentro armando un ruido de mil diablos. A la derecha vi una cabina encristalada donde había una joven morena de unos veinticuatro o veinticinco años.

Entré en la cabina y saludé a la muchacha.

—Buenos días.

Su rostro era bello, la nariz un poco respingona, y los ojos miraban dulcemente.

—Quiero hablar con Max Kramer.

—El no está. Fue a probar un coche.

—¿Tardará mucho?

—No lo creo.

—Entonces esperaré.

—Como quiera. Puede sentarse.

Ocupé una silla y ella se dedicó a su trabajo. Estaba pasando algo a máquina.

—¿Fuma? —dije.

—No, ahora no.

En la posición que me encontraba pude observar que sus piernas eran perfectas, largas, de torneadas pantorrillas y tobillo fino. Un pura sangre.

Era una de esas chicas que no llaman la atención al primer golpe de vista, pero que en el segundo empiezan a producir impacto. Y por todos los infiernos que me estaba dejando *groggy*. Un poco más, y sobrevendría el fuera de combate.

Me salvó la campana, quiero decir la llegada de un tipo de unos treinta años, pelirrojo, de nariz pecosa.

—Señor Kramer, el señor Forrest lo está esperando —dijo la preciosa.

Max tendió su mano y me hizo crujir los huesos. Yo apreté también y le hice crujir los suyos. Rió y yo reí.

—Me envía Sandra —dije.

—¿Qué tiene su coche?

—No se trata de mi coche.

—¿De qué, entonces?

—¿Podemos hablar en privado? —sugerí.

La chica del segundo impacto se dio por aludida. Se levantó y dijo:

—Voy a beber un café con leche.

—Agregue un par de tostadas, Nicole —dijo Kramer—. Perdió peso últimamente.

—Es usted muy considerado —dijo ella, con retintín y salió de la oficina. Max se frotó las manos.

—Una chica de primera, ¿eh? —Guiñó un ojo—. Sólo está aquí una semana. La invité tres veces a cenar y todavía no me dio el sí.

Me alegré mucho de que le hubiese dado el no, pero yo no había ido a hablar allí del pura sangre.

—Max, ¿qué sabe usted de Hubert Marant?

Se rascó una patilla.

—Me suena el nombre... Ah, sí, ¿no es el patrón de Sandra?

—Sí. Acertó. ¿Qué me puede decir?

—¿Yo? Nada...

—Oiga, Max, no tiene por qué ser reservado conmigo. Vine de Nueva York para ayudar a Sandra. Ella se encontraba en un gran apuro. La secuestraron.

—No me diga.

Me armé de paciencia y le conté la historia hasta en sus menores detalles.

Max escuchó fumando un apestoso cigarro. Cuando hube terminado, metió la punta del cigarro en un barrigudo cenicero.

—Pobre muchacha —dijo.

—Max, Sandra me dio su nombre cuando yo le estaba pidiendo una pista. Supuse que usted me podría dar información acerca del

negocio de Hubert Marant.

—Le advertí a Sandra que no se metiese en el asunto de Marant, que podía ser peligroso para ella, pero no me hizo ningún caso.

—Está bien, Max, ella se metió y, por fortuna, salió bien librada.

—Gracias a usted.

—Era mi obligación.

—Puesto que todo salió bien, será mejor que ella y usted dejen correr el agua.

—No, Max, yo no puedo dejar el agua correr.

—¿Por qué no?

—Hubert Marant haría su negocio de cinco millones de francos.

—Quiere impedirlo usted, ¿eh?

—Sí, lo impediré mientras conserve un soplo de vida. De modo que ¿me va a ayudar o no?

—Está bien, le ayudaré.

—¿Qué sabe?

—Hubert recibirá un cargamento de droga esta noche. El transporte se ha hecho en un mercante griego. De él saldrá una barcaza que llevará la droga hasta la bahía del Perro.

—¿Cómo está enterado con tanto detalle de la operación? Max se echó a reír.

—Marant se cargó a mi hermano Jack, que trabajaba para él. Yo no quería que Jack continuase con Hubert. Se lo dije, es un mal tipo, ha matado a mucha gente... Pero Jack quería ganar dinero rápidamente y en grande. Hubert paga bien. Jack iba a tomar parte en la operación de esta noche, pero murió atropellado por un camión hace tres días. No fue un atropello, ¿sabe? Lo asesinaron. El camión se dio a la fuga y nadie tomó el número de la matrícula... Pero Jack me había dicho lo que iba a pasar y la clase de contrabando que Hubert había preparado.

—¿Por qué lo mató Marant?

—Y yo qué sé... En ese negocio, de pronto, el jefe toma ojeriza a un tipo y se lo carga y nadie se entera. Le había llegado la hora a Jack y Hubert sólo tuvo que dar una orden y lo quitó del mapa... Se lo repetí una docena de veces a Jack, le decía que se apartase de Hubert antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Por qué no le ha contado todo eso a la policía?

—No me haga reír, señor Forrest. ¿Qué iba a conseguir con eso?

La policía detendría a Hubert, lo interrogaría, pero tendrían que soltarlo por falta de pruebas. ¿Y qué me pasaría a mí? —Abarcó la habitación con las dos manos—. Yo se lo diré, le pegarían fuego a todo esto y yo estaría dentro y ardería como un trozo de carbón... No, señor Forrest, no me des ese consejo.

—Usted advirtió a Sandra.

—Sí, la advertí a ella porque es una buena chica y pensé que también terminaría mal algún día. Jack la trajo aquí una vez... Mi hermano estaba enamorado de ella y hasta llegué a pensar que se casaría con Sandra. Por eso, cuando murió Jack le hice una llamada telefónica a Sandra. A París, ya sabe... Tenía que decirle lo que le había pasado a Jack y no resistí a la tentación de contarle todo lo demás. Desde luego, fue una explosión de rabia. Yo hubiese querido tener el cuello de Hubert entre mis dedos para partírselo en dos.

—¿Qué le dijo concretamente a Sandra?

—Que su patrón era un asesino contrabandista de drogas y que iba a hacer una operación en Marsella por valor de cinco millones de francos.

—¿Adónde llamó?

—A su apartamento.

—Está bien, Kramer. Gracias.

—Eh, un momento. ¿Qué va a hacer con la información que le he dado? No me gustaría que fuese a la policía.

—Me arreglaré a mi manera.

—¿Quiere decir que irá solo a la Bahía del Perro?

—Sí.

—No puede cometer esa locura.

—Soy detective privado y mi especialidad es meterme en casos desesperados.

—Oiga, no puede estar hablando en serio. Allí habrá una docena de hombres al servicio de Hubert.

—Ya lo supongo, pero no se preocupe, atacaré en el momento que más me convenga. Ésa es mi ventaja.

—Suponga que lo descubren.

—Entonces habrá llegado mi última hora.

—Pero ellos se preguntarán por qué llegó allí y su pondrán que yo me fui de la lengua.

—No creo que establezcan una relación entre usted y yo.

Recuerde, liquidaron a su hermano y a usted lo dejaron vivir en paz. Deben tener referencias de que es un hombre que sabe estar callado. De todas formas, le sugiero que haga una cosa, si vierten aquí. Dígales que ha escrito una carta, que la tiene depositada en manos de un amigo y que si a usted le pasa algo, la carta será entregada a la policía.

—No está mal.

—Hasta la vista, Kramer.

—Tendré que desearle suerte.

—Sí, creo que la necesito.

Salí de allí y me metí en un bar próximo.

Nicole estaba muy seriecita sentada en un taburete ante el mostrador, despachando su café con leche y con tostadas.

—¿Siempre sigue los consejos de su jefe? —le pregunté.

—No sea tonto. Como porque tengo hambre.

—Perdone, tengo que llamar a un amigo —dije y me fluí a la cabina del teléfono.

Quería hablar con el hospital de Niza donde estaba Sandra. Poco después, oí la voz de Peter Lenzen.

—Eh, Peter, ¿cómo está la enferma?

—Durmiendo.

—¿No despertó desde que yo me marché?

—No, pero el doctor dice que eso es bueno.

—¿Alguien intentó visitarla?

—Vi merodear a un fulano, pero no estoy seguro de que viniese aquí. Lo vigilé bien. El me miró un par de veces y se marchó.

—De acuerdo, Peter. Continúa lo mismo. Por nada del mundo le debe pasar nada malo a la chica. Ya tuvo bastante.

—Descuida, Kenneth, Jean y yo tendremos los ojos abiertos.

—Quiero que le des un recado a Sandra si despierta. Dile que todo marcha bien, que ya hablé con Max. Eso es todo. Volveré a llamar en cuanto pueda.

Colgué y regresé al lado de Nicole. Ya había despachado su café y sus tostadas, pero no se había movido.

—¿Me esperabas? —La tuteé. Ella me miró con aire ofendido.

—¿Quién te crees que eres?

—Un chico a quien le gustas.

—He oído ese disco muchas veces.

—Pero no con mi música.

—¿Quién eres tú?

—Eso está mejor. Me gusta que se interesen por mí.

—Vas demasiado aprisa. Sólo quiero saber tus intenciones.

—Oh, eres una buena chica.

—Desde luego.

—Nada apasionada.

—Eso es muy personal, pero todavía no has contestado a mi pregunta. Le dije quien era y mi profesión. No tenía por qué mentirle.

—¿Qué investigas, Kenneth?

—Cosas.

—¿No serás uno de esos agentes especiales como los de las películas?

—No, un investigador privado no tiene nada que ver con James Bond, con el agente Burke, ni siquiera con Elliott Ness. Yo no tengo un coche blindado con cañones en los faros, ni uso gases para enfrentarme con mis enemigos, ni echo a volar cuando estoy acorralado... Soy un modesto detective y debo valirme de mis puños, de mi cerebro y de una pistola para salir de los apuros. Por eso me paso la vida buscando a una muchacha que sea tan seductora como las de esos superhombres. ¿A qué menos debo aspirar?

Se puso a reír.

—Te faltó agregar un aspecto de ti, Kenneth.

—Agrégalo tú.

—Eres un payaso... Pero me encanta tu forma de ser.

—Y tú me encantas a mí —dije, y me incliné sobre ella con la intención de besarla. Pero Nicole me puso una mano en el pecho, impidiéndolo.

—Pero vas demasiado deprisa, Kenneth.

—No, todo lo que yo quisiera... ¿Almuerzas con migo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque quiero estar más tiempo contigo y sólo dispongo de una hora para almorzar. Su respuesta me produjo un cosquilleo en la espalda.

—Prefiero que sea cena —puntualizó.

—Trato hecho.

—Ven a recogerme a las nueve. Se dirigió hacia la puerta.

Me había dejado sorprendido porque durante los últimos minutos reaccionó de una forma que yo no sospechaba.

Cerca de la puerta se volvió y dijo:

—No me preguntaste dónde vivo... Calle Lumiere, 87, puerta cuarta. Antes de que le pudiese contestar, salió del café.

Me rasqué detrás de una oreja... Demonios, yo era un tipo con mucha suerte. Había encontrado una chica preciosa, y pensé que estaba muy distante, y ahora la tenía al alcance de la mano. Eso demostraba que tenía razón aquel que dijo que la mujer francesa es la más comprensiva del mundo.

Me fui de allí. Necesitaba dormir, porque la noche iba a ser pródiga en acontecimientos. Primero, cena con Nicole. Segundo, hule con Marant y su pandilla. Todo un programa.

Me alojé en el hotel La Latina.

La Latina resultó ser una mujer gorda que exhibía en la pared, detrás del registro, una gran fotografía tomada en los tiempos de la Resistencia, y en donde se veía al lado del general Leclerc.

Me metí en la habitación número 8 y en diez minutos quedé dormido en la cama.

Pasaron unas cuantas horas.

Cuando desperté se estaba ocultando el sol.

Tenía que darme mucha prisa porque ya eran las seis. Me vestí y salí de la habitación.

En el registro pregunté a La Latina por la calle Lumiere y ella me lo dijo. Fui adonde había dejado el «Tiburón» y abrí la portezuela.

De pronto, alguien me empujó al interior del coche.

Moví la mano hacia la axila, pero un tipo con bigote se inclinó sobre mí y me enseñó una pistola.

—Hola, pajarito.

—¿Qué pasa, cuervo?

—Vamos a hacer un viaje.

—¿Adónde?

—Tú no haces las preguntas.

Se sentó a mi lado, y entonces apareció un tipo pequeño rubio, que se puso al volante. En seguida el «Tiburón» empezó a correr.

El del bigote apoyó el cañón de la pistola en mi costado y con

mano hábil me quitó el arma.

Yo guardaba otra en el bolsillo derecho, pero aquel bastardo también se la llevó.

Maldije por no haberme guardado un tercer cañón en el zapato derecho, aunque hubiese cojeado mucho.

—Eh, muchachos, tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con una muchacha.

—Pobre chica, se va a cansar mucho.

—¿Qué les parece esto? Vamos a donde me espera ella y le digo que volveré muy pronto.

—¿Ya terminaste de decir tonterías?

Eran tonterías, desde luego, pero yo no tenía ningunos deseos de morir. Estaba claro que aquellos fulanos me llevaban al matadero.

—Quiero hablar con Hubert Marant —dije.

—¿Qué más quieres?

—Ya que lo pregunta, una caja de bombones. Es lo que pensaba regalar a mi chica...

—Otro día.

—Bueno, si tú lo dices...

El coche se detuvo en las afueras de Marsella en un barrio con casas descascarilladas, de feo aspecto.

El bigotudo me hizo salir del auto, y para ello utilizó su pistola.

CAPÍTULO X

—Entra ahí —estaba señalando una de las casas que no tenía mejor vista que las otras. Subí por una escalera y los dos vinieron detrás de mí.

—Párate —dijo Bigote, cuando llegué a la segunda planta.

El rubio pasó por mi lado para abrir una puerta y aproveché la oportunidad. Lo atrapé por el brazo y lo arrojé hacia Bigote, pero éste se apartó.

El resultado fue que el rubio se marchó dando vueltas por la escalera, pero su compañero me siguió apuntando con el arma.

El rubio terminó su carrera y se levantó dando aullidos.

—Creo que me ha roto un hueso. Bigote me sonrió.

—No sabes lo que acabas de hacer, Forrest... Otto te va a sacar el esqueleto por la boca.

Otto subió la escalera, soltando espumarajos, llameantes los ojos.

—Hijo de perra... Hoy va a ser tu último día en el mundo, y de eso me voy a encargar yo solo. ¿Lo entiendes?

—No te excites, Otto —dijo Bigote—. Querrá intentarlo otra vez.

—Eso es lo que quiero, que lo intente otra vez.

Me pegó un patadón y no salté a tiempo para evitarlo. Me dio justo, más abajo del vientre, y caí en el suelo, sintiendo todas las náuseas del mundo.

Entonces, el rubio abrió la puerta y me volvió a pegar con la puntera del zapato, ahora en el cuello.

No tuve más remedio que volar, y así fue como entré en el apartamento. Tropecé con una mesa y quedé boca abajo.

Oí la voz de Otto.

—No te hagas el mártir. Te pegué flojo. No es nada comparado

con lo que te voy a hacer.

Bigote soltó una risita porque aquella escena le divertía.

—Otto, átale las manos a la espalda.

No me gustó aquello, y juré que trataría de impedirlo. Si me ataba las manos a la espalda, estaba perdido.

Dejé que se acercase y tiré de su tobillo. De nuevo me acompañó el éxito.

El rubio perdió el equilibrio y cayó en el suelo.

Fui a levantarme para saltar sobre Bigote, pero éste no me dejó hacer el número completo, porque mucho antes me golpeó con el cañón en la nuca.

Todo se convirtió en una mancha negra a mí alrededor y perdí el conocimiento. Un diablo del infierno me estaba pinchando con su tridente y desperté.

El diablo era Otto y el tridente unos nudillos de acero.

Me había atado las manos a la espalda, como había sugerido Bigote. Estaba listo sin remedio, porque también mis piernas habían sido inmovilizadas por una cuerda.

—Oye, eres un tipo muy guapo —dijo el rubio.

—Hasta ahora sólo me lo dijeron las mujeres, y ellas me gustan más que tú.

Me golpeó suavemente con los nudillos y eligió el lugar donde más dolía la oreja.

Creí que iba a perder otra vez el conocimiento. Oí el mar y no era una caracola lo que tenía junto a la oreja, sino la cara de retrasado mental del rubio que reía con risa monocorde.

—Me estaba refiriendo a tu conquista en Marsella, Forrest. Ya sabes, a la chica a la que querías comprar los bombones. ¿Cuál es su nombre?

No quería involucrar a Nicole.

—Oye, Otto —dije—. Nunca había visto antes de ahora a esa chica.

—¿A qué fuiste al taller de Max Kramer?

—Sufrí una avería en el coche.

—Mentira. Anda, inténtalo otra vez.

—Si lo sabéis todo, ¿por qué infiernos preguntáis?

—Max tenía un hermanito... Se llamaba Jack, y el bueno de Jack quiso jugársela al jefe.

¿Es ésa la historia que te contó?

Deseé con todas mis fuerzas que Max hubiese seguido mi consejo respecto a la carta que debía escribir y depositar en manos de un amigo. Sólo así se libraría de aquella gentuza.

—De acuerdo, Otto. Lo admitiré.

—Eres muy comprensivo.

—Gracias.

—Volvamos a la chica, Forrest.

—No tiene nada que ver.

—Deja que sea yo quien decida sobre eso.

De pronto, me daba cuenta de que el rubio era el amo y no Bigote.

—¿Qué es lo que sabe la chica, Forrest? —preguntó.

—Nada. No sabe nada.

—Malo.

—Nicole trabaja desde hace una semana para Max Kramer y eso prueba que sólo es una empleada de Max y nada más. Ahí termina la cosa.

—Oye, los negocios hay que llevarlos muy bien, sobre todo los negocios del dinero. Aparece un bocazas.

¿Y qué es lo que ocurre? Que se pone a hablar y hablar y todo el mundo se entera de lo que no se debe enterar. Me han dicho que tú eres un investigador privado con muchas agallas, de esos que cuando reciben no se detienen ante nada, ni ante los golpes con los nudillos de acero. Sí, eso es lo que me dijeron y quiero saber si es verdad.

El muy bastardo me puso los nudillos de acero ante los ojos.

Con aquella pieza de acero me convertiría la cara en pulpa y bastarían cuatro o cinco golpes. Suponiendo que saliese con vida, lo cual estaba muy lejos de esperar, quedaría peor que una momia egipcia con cinco mil años de antigüedad.

—Cuidado, Otto. Tengo la piel muy delicada —dije.

—Qué alegría.

—Oye, muchacho, ya te lo dije todo. Me tenéis en vuestras manos. He dejado de ser un estorbo. Hubert Marant podrá hacer su negocio. ¿Por qué discutir si ya cumplisteis con vuestra misión?

—¿Sí? ¿Y qué podemos hacer?

—Contarnos historias.

—¿No se te ocurre una idea mejor? Por ejemplo, que traigamos chicas y organicemos una juerga...

—Estupendo. Ya cuentas con mi aprobación, Otto. Bigote se echó a reír.

—¿Lo ves? El chico tiene agallas.

Otto proyectó el maxilar inferior hacia delante y de esa forma su cara adquirió una brutalidad muy superior a lo normal.

—El de los chistes soy yo, Henri —dijo.

—Como tú quieras, Otto —dijo Bigote.

—¿Acaso no te divierto?

—Mucho.

—Entonces, cierra el pico.

Tras el corto e inteligente diálogo entre los dos, Otto me dedicó toda su atención.

—Voy a empezar por la nariz, Forrest.

—¿Qué le pasa a mi nariz?

—No me gusta.

—No te preocupes. En la primera oportunidad me haré la cirugía estética.

—Eso va a correr de mi cuenta...

Aquel bruto me iba a dejar sin nariz. De eso no tenía la menor duda.

—Luego me dedicaré a tus cejas, Forrest.

—¿Tampoco te gustan mis cejas?

—Ni pizca.

—Otto, tengo la impresión de que no hay nada en mí que te guste, pero eso es natural. Oye, se me está ocurriendo una idea... Que lo podemos arreglar con dinero.

—¿Oyes, Henri? El muchacho ha tocado el vil metal.

—Sabía que llegaría a eso —dijo Henri.

Otto golpeó los nudillos de acero contra la palma de la otra mano.

—Eres un estúpido, Forrest... Todo el dinero que tienes nos pertenece. Te lo quitaremos después.

—No me refería al dinero que tengo encima, sino al otro...

—Hay más, ¿eh?

—Claro que hay más.

—¿Cómo cuánto?

—Diez mil francos. Henri intervino:

—Eh, Otto, diez mil francos es toda una fortuna.

—Está mintiendo. No tiene nada.

—Podéis ganar diez mil francos —insistí—. Cinco mil para cada uno. Lo único que tenéis que hacer es no hacerme daño y dejarme escapar después de las doce de la noche...

CAPÍTULO XI

Se había hecho un silencio.

Henri dijo:

—La oferta no me parece mala, Otto.

—Eres un imbécil —dijo el sádico—. Todo es una trampa. ¿Es que no te han advertido qué clase de tipo es? Pero yo lo voy a arreglar para que no se le ocurra tomarnos el pelo. Me rozó con los nudillos de acero en la mejilla. Fue como si me pusiesen una brasa. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Eh, ¿qué te pasa? —dijo Otto, riendo—. ¿Te quemaste?

—Sí, mucho.

En ese momento se abrió la puerta y apareció una mujer.

Era lo que yo necesitaba, una belleza como ella, alta, con el cabello rojizo como una llamarada, los ojos verdes.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó. Henri *Bigote* dijo:

—Forrest se la jugó a Otto y ahora nuestro amigo le está dando un poco de manteca. La pelirroja cerró la puerta y se apoyó en ella, fijando en mí sus hermosos ojos.

—Déjalo, Otto.

—¿Por qué lo he de dejar?

—Porque lo ordeno yo. ¿No basta?

Ser investigador privado ayuda a relacionarse con mujeres como aquélla. Es lo bueno de la profesión. A uno le sacan el hígado por la boca, le patean las costillas, le queman las plantas de los pies, pero todo resulta bueno porque de un momento a otro puede aparecer una mujer como Ann Magret, Sofía Loren o Raquel Welch.

—Quiero verlo convertido en un pingajo —dijo la hermosa.

¿Lo ven ustedes? Ya estaba allí la chica estupenda.

—Eso me gusta más, Elsa —dijo Otto.

Se llamaba Elsa. Qué nombre tan bonito... Conocí a una Elsa con la que pasé unos días en un motel del lago Tahoe, en Nevada, Estados Unidos.

Tenía los mejores recuerdos de aquella Elsa. Y ahora, para compensar, otra Elsa me quería poner morado. Bueno, lo que ella quería era instalar una carnicería con mis restos. Ésas habían sido sus palabras, quería verme convertido en un pingajo.

—Elsa —dije—, ¿qué te he hecho yo?

—Odio a los tipos como tú, Forrest.

—¿Qué les pasa a los tipos como yo?

—Son engreídos, estúpidos. Engañan a las mujeres con promesas que no cumplen...

—Cariño, yo no te he hecho a ti ninguna promesa.

—A mí no, pero se las hiciste a las demás.

—Te doy mi palabra de que siempre cumplí mis promesas. Le dije a Mariam que la amaría y la amé. Le dije a Anne que la amaría y la amé. Le dije a Priscilla que la amaría...

—¡Basta o pégale en la boca con los nudillos, Otto!

Otto echó el brazo atrás para pegarme, pero yo ya había callado.

No obstante, cerré los ojos porque no dudé que el tipo me metería los nudillos de acero en la boca, y eso sería bastante para que me rompiese los labios y unos pocos dientes.

—No le pegues... todavía —dijo Elsa. Abrí los ojos. Había pasado el peligro.

—Gracias, Elsa —dije.

—No me las des porque luego te arrepentirías.

—Tengo un proverbio, ¿sabes? Sólo importa el presente.

—Claro, se lo has dicho a muchas mujeres al oído.

—Me gustaría decírtelo a ti. El loco Otto gritó:

—¡Este puerco no te va a decir nada a ti, Elsa!

—No te preocupes, Otto. Soy invulnerable a sus halagos. Se produjo una pausa.

Elsa entró en la habitación y dejó su bolso sobre la mesa.

—Otto, tengo hambre. Llégate al restaurante y trae cena para tres, que sea abundante. De paso, tomas un poco el aire. Te hace falta.

Otto titubeó, pero se quitó los nudillos de acero y los guardó. Por último, salió de la habitación.

Di un suspiro de alivio.

—Eh, ¿qué le pasa a Otto? —dije—. ¿Por qué odia a todo el mundo? Y especialmente, ¿por qué me odia a mí?

—Según su psiquiatra, Otto tiene un gran complejo.

—Pues no lo comprendo, porque aparte de ser un sietemesino y un hijo de perra, ¿qué otra cosa podría crearle un complejo?

Henri *Bigote* dijo:

—Le diré eso a Otto cuando venga. Será muy gracioso lo que él te responda.

Sentí frío porque si Otto conocía mi opinión sobre él, descargaría contra mí su ira.

—Henri —dijo Elsa—, llégate al estanco y cómprame tabaco. Se me terminó.

—Tengo negro.

—No me gusta el negro. Quiero rubio y con boquilla.

—Como quieras.

Henri guardó la pistola y salió de la estancia.

Ya habíamos quedado la pelirroja y yo. Vino hacia mí, se inclinó y puso sus labios sobre los míos.

Fue el beso más sensacional que he recibido desde que tengo uso de razón, aunque bien pensado quizá no he llegado aún a esa etapa de mi vida.

Elsa se retiró unas pulgadas y dijo:

—Después de todo, no tienes nada de particular.

—Prueba otra vez.

—Eso haré —contestó, y volvió a poner su húmeda boca sobre la mía. Cuando se alejó de mí, se tambaleó un poco.

—Cuidado, nena. Te puedes matar. Ella abrió los ojos y dijo:

—Eres como otro tipo cualquiera.

—Haremos un tercer intento, pero esta vez será a mi manera. Anda, córtame las ligaduras.

—Ni lo pienses.

—Me estás juzgando mal. Yo también necesito poner de mi parte. Admito que Otto me convierta en un despojo, como tú quieres, pero no puedo consentir que se dude de mi capacidad para besar a una mujer.

Ella sacó de su bolso un paquete de cigarrillos. Eran emboquillados y rubios. Se puso uno en los labios y lo prendió con

la llama de un encendedor.

—¿Qué pasa si Henri vuelve? —pregunté.

—Sé dónde tiene que comprar el tabaco. Entre ir y volver invertirá veinte minutos. Ya pasaron cinco. Tenemos quince a nuestra disposición.

—¿Y Otto?

—Otto tardará media hora. De modo que podemos hablar de lo nuestro.

—El amor. Qué tema más bonito...

—Ya habrá tiempo para eso. Ahora no me preocupa el amor, sino el dinero.

—¿Qué dinero?

—Los cinco millones de francos que vale la mercancía de Hubert Marant.

—Sí, creo que me gusta este diálogo.

—Mitad para mí y mitad para ti, Kenneth.

—Caramba, cinco millones de francos para los dos.

—Imagino que ya sabes su equivalencia en dólares americanos.

—Quinientos mil para cada uno.

—Así es, Kenneth.

—Continúa.

—Yo te suelto, y marchamos juntos en este negocio.

—Trato hecho, cariño.

—Espera un momento. ¿Cómo sé que no me la vas a jugar?

—Me temo que tendrás que confiar en mí, Elsa. No te serviría un certificado de buena conducta, pero si quieres que te lo jure, te lo juraré.

Se inclinó de nuevo sobre mí y me echó el humo a la cara. Me puse a toser y esperó a que me calmase.

—Kenneth, confiaré en ti —dijo—. No sé por qué lo hago, pero ya estoy harta de pasar apuros. Es mi gran oportunidad... No quiero seguir siendo una cualquiera, y si tú eres tan liste como me han dicho, espero que también comprendas que en tu vida ha llegado tu gran momento. Te cortaré las ligaduras.

—Será mejor que vengas conmigo.

—No. Yo me quedo.

—¿Y qué explicación vas a dar a esos bastardos de mi fuga, Elsa?

CAPÍTULO XII

—Sabes que eres un tipo muy hábil —contestó Elsa—. Tendrán que admitirlo... Lograste escapar porque te hiciste dueño de la situación.

Sacó unas pequeñas tijeras del bolso y me cortó las ligaduras de las manos y de los pies. Me levanté frotándome las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

Elsa se puso de puntillas y me rodeó el cuello con sus hermosos brazos. Me besó con más pasión que antes, y cuando se separó, dijo:

—Sí, debo reconocer que eres un tipo que no estás nada mal.

—Y tú eres grandiosa.

—Lárgate ya, Kenneth.

—¿Dónde nos veremos?

—Apareceré a tu lado esta noche, cuando menos lo esperes. No te preocupes por mí. Sigue tu camino.

—De acuerdo.

—Te hará falta una pistola —dijo.

—Desde luego.

Ella me dio una pistola de cachas de nácar, muy mona.

—Hasta luego, Elsa —me despedí y salí de la habitación.

Bajé la escalera con la mano en el bolsillo donde tenía el arma, y cuando llegué abajo, saqué la cabeza y miré a un lado y otro de la calle.

No se veía ni rastro de Henri y Otto.

Me metí en el «Tiburón» y lo eché a correr.

No era la primera vez que una mujer me ayudaba a salir del avispero porque es corriente encontrarse chicas ambiciosas en las esferas en que yo me muevo. Casi todas lo son y sólo están esperando el momento oportuno para realizar sus propias ideas.

Elsa tenía razón. La mayoría de las chicas como ella son explotadas. Entran en el juego mientras son hermosas, atractivas, pero luego, cuando empiezan a perder su encanto juvenil, los jerifaltes del vicio las apartan de su lado, y no lo hacen de una forma muy decente. Muchas de ellas son asesinadas, y las que tienen más suerte, terminan en un burdel.

Poco después, estaba llamando en el apartamento de Nicole.

Me abrió y fue a cerrar de un portazo. Yo puse el pie y lo impedí.

—Lárgate de aquí, Kenneth.

—Oye, ¿por qué no me dejas que te explique?

—Veo en tus labios la explicación.

Solté un juramento para mis adentros cuando me pasé el pañuelo por los labios y descubrí el carmín de Elsa. Nicole se cruzó de brazos.

—¿Quién fue? ¿Tu tío o una viejecita que te premió por ayudarla a pasar la calle? Me eché a reír mientras la atrapaba por la cintura.

—Me gustan las mujeres celosas.

—Suéltame o te saco los ojos.

No me podía sacar los ojos porque yo la apretaba con fuerza.

—Nicole, vine a Marsella por un asunto de vida o muerte. He estado prisionero. Me miró con más atención.

—Tienes sangre en el cuello.

—Sí, y creo que me voy a desmayar.

Me tambaleé y, como yo la seguía sujetando, fuimos a parar al diván.

—¿Quieres dejarme?

—Ahora mismo, señora —dije, y la besé en los labios.

Me pegó un golpe de judo en el hombro y tuve que soltarla.

—Me has matado, Nicole —gemí.

—Aprendí arte de defensa para enfrentarme a los tipos como tú.

—Déjame morir solo.

—No puedes morir aquí. Además, te acepté una invitación para cenar.

—No podemos ir.

—¿Por qué no?

—Me persiguen.

—¿La policía?

—No, nena; por ahora no es la policía, sino una pandilla de asesinos.

—Me gustaría saber si es verdad.

—No es cuento. Anda, prepara la cena aquí. Titubeó unos instantes y, por último, dijo:

—Está bien.

—¿Dónde tienes los licores? Necesito un trago.

—Hay *whisky* en el armario.

Se fue a la cocina y yo me serví una copiosa ración de *whisky* en un vaso. Volví al sofá y me tendí.

—Nicole.

—¿Qué quieres? —preguntó desde la cocina.

—Max me habló de ti.

—¿Y qué dijo?

—Trata de conquistarte.

—Qué gran noticia... Eso ya lo sé.

—¿Te gusta él?

—Es un hombre trabajador, honrado. Estoy segura de que haría feliz a cualquier mujer, pero yo no soy su media naranja.

—¿Cuál es tu tipo?

—¿Qué esperas que diga?

—Que has estado soñando toda tu vida con un fulano como yo.

—Pues te voy a desengañar.

—Entonces no lo digas.

—¿Por qué no? No hay inconveniente... Eres un sujeto estupendo.

—Gracias.

—Aún no terminé, Kenneth Forrest... Eres un tipo estupendo, pero al mismo tiempo eres el tipo que menos conviene a una mujer que desee una casa, un hogar y unos hijos... Te gusta meterte en todos los líos. Confiésalo. Tienes el carácter insoportable. Admítelo también.

—Confesado y admitido.

—Pero sabes ser encantador y decir cosas monas a una mujer en el momento conveniente.

—Vaya, por fin dijiste algo bueno de mí. Asomó la cabeza por el hueco de la cocina.

—Y te voy a decir lo más importante, Kenneth... La mujer que te acepte debe esperar que estés muy poco tiempo con ella.

Desapareció antes de que pudiese replicarle.

Pero ¿por qué replicarle si había dicho una gran verdad?

Seguí bebiendo *whisky*, y me invadió el sopor. Quizá era debido a la paliza que me atizó el rubio Otto.

Eso me hizo recordar a Elsa. ¿Qué sería de ella? Bueno, la chica tenía habilidad para pegársela a dos tipos como Henri y Otto. Estaba claro que Otto sentía un gran interés por la muchacha, y hasta es posible que hubiese algo entre los dos. Pero eso a mí no me importaba.

Nicole entró varias veces en el comedor, produciendo ruido de platos.

—Gran señor —dijo—. La cena está servida. Me levanté y fui al lado de ella.

Había cocinado platos apetitosos.

—Esto merece un premio —dije y fui a besarla.

—Para después.

—¿Por qué para después?

—Porque quizá no te guste la cena —contestó y ocupó su silla. Yo me senté en la cabecera.

La cena resultó magnífica.

—Todo perfecto —dije cuando bebía el café.

—Puedes darme el premio —dijo ella muy seria y se fue al sofá.

Ahora venía lo malo, la despedida. No podía quedarme con ella. La Bahía del Perro estaba a unos cien kilómetros de Marsella. Tenía que ponerme en camino enseguida. Fui a su lado y la besé en los labios.

Ella enroscó sus brazos en mi cuello.

—Nicole, me voy.

—¿Qué?

—He de liquidar de una vez por todas el asunto por el que vine a Marsella.

—Oh, no, ahora no...

—Lo siento, pequeña, pero se trata del trabajo.

—Yo soy el más importante trabajo para ti ahora.

—Pero te prometo que volveré —dije y me puse en pie. Los ojos de ella brillaron iracundos.

—Quiero que te quedes, pero si te vas, no te volveré a abrir esa puerta.

—Tranquilízate, Nicole.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar!

Se levantó de un salto y atrapó un cenicero.

Me abalancé sobre ella porque le vi la intención de romperme la cabeza y no tenía otra de repuesto.

—Nicole, ¿sabes que me equivoqué contigo? Te creí dulce.

—Eso prueba que no conoces a las mujeres.

—Sí, es cierto. A veces tengo la impresión de que todavía estoy en el primer año de la asignatura.

La besé en la nariz, en la comisura de la boca, mientras la estrechaba fuertemente. Su mano se abrió poco a poco y el cenicero cayó en el suelo.

—Nicole, eres adorable...

—¿Qué más?

—Seductora. Puro fuego.

—Di más cosas.

Demonios, hay momentos en que uno carece totalmente de imaginación. Quería seguir buscando comparaciones para halagarla, pero como mi deseo era largarme de allí cuanto antes, no las encontré.

—Cariño —dije—, me vas a oír muchas cosas.

—Empieza ya.

—Empezaré a mi regreso.

La besé otra vez y eché a andar hacia la puerta.

Esperé que atrapase el cenicero y que me lo lanzase a la cabeza, pero cuando me volví en la puerta, vi que ella estaba como hipnotizada.

—Volveré pronto —dije.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó, volviendo a la realidad. Abrí con rapidez y salí, cerrando a mis espaldas.

Y fue entonces cuando el cenicero se estrelló contra la puerta, pero yo estaba bajando ya la escalera.

CAPÍTULO XIII

Los faros de mi coche taladraban la oscuridad de la noche.

Debía encontrarme como a unos veinte kilómetros de la Bahía del Perro, cuando vi otros faros en mi espejo retrovisor.

Al cabo de unos minutos, ya no tuve duda de que me seguían.

Eso era lo más natural del mundo. ¿No había escapado de Otto y Henri?

Había unas cuantas curvas delante de nosotros, pero en cuanto llegásemos a una recta, supe lo que pasaría. Mi coche perseguidor me adelantaría y, por una de las ventanillas, me obsequiarían con una rociada de balas.

Los cabellos de la nuca se me pusieron de punta.

Apreté a fondo el acelerador para alejarme de mis perseguidores, pero ellos tampoco cedieron.

Habíamos emprendido una carrera alocada que en cualquier momento me podía conducir a la muerte.

Tomaba las curvas haciendo crujir los neumáticos y la carrocería. Llegamos a una recta.

Había logrado distanciarme un poco más, pero la ventaja era insignificante y el conductor del vehículo que venía detrás debía ser el último campeón de Indianápolis.

Vi en el espejo retrovisor que los faros se acercaban cada vez más.

Conservaba mi velocidad, pero les hacía el juego. A ciento cuarenta o a ciento cincuenta, ellos estarían un rato sobre mí y se beberían un trago de *whisky* a mi salud antes de disparar. Y si frenaba, todos nos iríamos al infierno cogiditos de la mano, incrustados entre la chatarra.

Y hay quien dice que la profesión de investigador privado es

fascinante. Los hay locos, hermano. No todo son mujeres como Gertrude, como Sandra, como la nena que iba a trabajar en la próxima película de Hubert Marant, como Elsa, como Nicole... Infierno, ¿en qué estaba pensando ahora?

El coche ya trataba de pasarme, pero yo sabía que no hacía la maniobra para pasarme, sino para defuncionarme.

De pronto, un camión apareció por el fondo e hizo señales con sus potentes focos.

Sin embargo, el coche de mis amigos continuó avanzando por mi izquierda. Yo no podía frenar.

El conductor del camión se asustó y se desvió hacia mi lado.

Mis asesinos y yo nos íbamos a estrellar contra el doce toneladas.

¡Socorro, mamá!

Era la segunda vez en mi vida que pensaba aquella exclamación. La primera fue cuando una chica de escalofriante hermosura, que se dedicaba a la piratería, me tuvo prisionero en su junco durante tres días.

El campeón de Indianápolis hizo girar el volante hacia la izquierda.

El camión pasó por su sitio y yo rocé su proa, lo cual arrancó un chisporroteo del metal. Después frené lo más aprisa que pude, porque se estaba produciendo el fin del mundo a la otra parte de la carretera y no quería que me atrapase un meteorito.

El coche de mis perseguidores había saltado en pedazos, después de chocar contra un árbol, pero no lo debió pillar de frente, sino de costado y los trozos volaban en ignición.

Algo que me pareció un brazo humano pasó por delante de mis ojos. Y luego todo acabó.

El tipo del camión había detenido su vehículo. Saltó de la cabina y, al ver lo que había pasado, se desmayó.

Yo no podía quedarme para ayudarle, porque eso era cosa de su compañero, aunque probablemente él también estaría desmayado en la cabina.

Puse en marcha otra vez el «Tiburón» y me alejé de allí todo lo aprisa que pude.

Al día siguiente, en los periódicos, sabría el número de muertos, si lograban unir los pedazos en la Morgue.

Ya no hubo más coches perseguidores.

Diez kilómetros más adelante, vi un poste que señalaba la dirección de la Bahía del Perro.

La carretera se hizo más estrecha.

Al principio vi a un lado y a otro villas que ahora estaban envueltas en la oscuridad y en el silencio, pero poco a poco, el aire se impregnó de un olor salado. El terreno era semipantanosos. Algunos pájaros echaron a volar al paso de mi vehículo.

Disminuí en lo posible la velocidad porque me estaba acercando al mar y apagué los faros.

Finalmente, saqué el auto de la carretera y lo metí por entre unos arbustos. Salté del «Tiburón» y eché a andar hasta que divisé el Mediterráneo.

La bahía era muy grande. A la derecha vi un cabo rocoso.

En la superficie del mar se veían luces muy lejanas. Quizá fuesen barcas de pescadores, y también podían pertenecer al mercante griego que traía la mercancía de Hubert Marant.

Permanecí quieto como quince minutos, esperando oír el motor de una lancha, pero sólo escuché el romper de las olas.

De pronto, se encendió un foco y apuntó al mar.

Vi perfectamente su haz sobre las olas y luego se apagó.

Esperé un minuto, dos, tres, pero no se volvió a encender más el foco. Estaba claro que había sido una señal.

Me encaminé hacia allá.

Mis pies se hundían en la arena.

Llegué por fin a un terreno más duro, cerca de las rocas.

Casi me di de bruces con un centinela. Estaba como a unos diez metros y manejaba una metralleta.

Di un rodeo porque quise sorprenderlo por la espalda y para ello era necesario que él no se moviese.

Tuve suerte. El no se movió.

Le pegué con la pistola de Elsa en el cuello y cayó de rodillas. Entonces le volví a golpear, ahora en la cabeza, y perdió el sentido.

Sustituí la pistola de Elsa por la metralleta, y seguí mi camino profundizando en el cabo rocoso. Ya había dado con el primer centinela y era de esperar que hubiese otros.

Descubrí el segundo. Era un tipo larguirucho.

De pronto pisé algo que crujió, un condenado papel que había

llegado allí desde alguna parte.

El tipo pegó un salto.

Para entonces yo me había escondido y di un nuevo rodeo sin perder el tiempo. Llegué cerca de donde había visto al larguirucho, pero ya había desaparecido.

Oí un crujido cerca y a mi espalda. Me arrojé al suelo.

Lo hice muy a tiempo, porque sonó un tableteo y las balas silbaron mordiendo una roca que estaba encima de mi cabeza.

Contesté en una posición muy difícil con otra ráfaga.

El larguirucho se partió por la mitad y allí acabó su historia.

Solté muchas maldiciones, porque con aquella parte musical del número, había quedado a merced de la pandilla.

Me moví rápidamente hacia las rocas, en la parte superior del cabo, porque allí habría más oportunidad de esconderse.

No me equivoqué. Las rocas formaban estrechos y sinuosos corredores naturales.

Cuando me cansé de correr, me detuve y me apoyé en una piedra. A lo lejos, oí una voz:

—¡Se han cargado a Guy!

Era Raymond, el lugarteniente de Hubert Marant.

—Seguro que ha sido cosa de Kenneth Forrest. Ése era Robert, otro amigo mío.

Me arrepentí de no haberlos liquidado cuando salvé a Sandra de su prisión, pero yo sólo pensaba en escapar con ella y no en mandar inquilinos al cuidador del cementerio.

—¡Edouard! —gritó Raymond—. ¡Claude! Os será fácil seguir sus huellas. Sois especialistas en rastrear...

—Son mejores los perros... —dijo un hombre de voz ronca.

—Muy bien. Llevad los perros.

—¿Vivo o muerto? —preguntó un tipo.

—¿Qué clase de estúpido eres? Lo quiero bien muerto.

—A la orden.

Poco después, oí ladridos. Habían emprendido mi caza.

CAPÍTULO XIV

Oí los ladridos de los perros cada vez más cerca.

Yo corría como un desesperado, pero perdía terreno continuamente, ya que, muchas veces, volvía al sitio de partida porque me había metido en un maldito laberinto.

—¡Suéltalos, Claude! —dijo una voz.

Los perros emprendieron una loca carrera.

No podía seguir huyendo más. Apoyé la espalda en la toca y puse el dedo en el gatillo. Un perro apareció en lo alto de la roca y saltó.

Apreté el gatillo.

El can interrumpió su embestida y, al recibir el plomo, fue lanzado muy lejos.

El otro perro apareció por la izquierda. Apreté el gatillo y no salió ninguna bala. La metralleta se había encasquillado.

El perro pareció reírse y sus ojos adquirieron un brillo intenso. Saltó sobre mí y rodé por el suelo.

El perro falló por poco, y se revolvió como una centella.

Atrapé el arma por el cañón y le pegué con la culata en la mandíbula. El perro aulló de dolor mientras rodaba por la arena.

Entonces oí una voz triunfal:

—¡Quieto, Kenneth!

Un tipo me estaba apuntando con una metralleta, y apareció otro por su lado.

—Buen trabajo, Edouard. Ahí lo tenemos, fíjate. Ése es el tipo que mató a Guy.

He pasado por muchos momentos peligrosos en mi vida, pero pensé que aquél se llevaba la palma.

Allí tenía a dos tipos con metralletas, listos para coserme a la

tierra de donde salí.

Poético, ¿verdad?

El perro seguía aullando porque tenía la mandíbula partida. Entonces, el llamado Claude puso en marcha la metralleta.

Las balas rozaron mi cabeza y fueron a parar al perro, cortando el doloroso aullido que brotaba de su garganta.

—El pobre animal estaba sufriendo —dijo. Su compañero Edouard movió la cabeza.

—Ah tienes al otro perro que fue el causante de todo el mal de «Pinky». Por si necesitan alguna aclaración, el tercer perro era yo.

—Muchacho. Buena suerte —dijo Claude.

—Lo mismo digo —dijo Edouard.

—Eh, un momento —repuse y me puse en pie—. No pueden matarme así.

—No, claro. No va a ser así. Te vas a morir con veinte kilos de más.

—Vuestro jefe lo pagaría caro... Le traigo un mensaje de Enrico Martino.

Enrico Martino era el rey de la droga en Sicilia y parte del Oriente Medio. Yo lo había conocido en Montreal como cosa de dos años antes.

—Cuenta otro chiste —dijo Edouard, pero en su voz no había mucha seguridad.

—Enrico acabaría con todos vosotros y empezaría con Hubert Marant, si me pasa algo.

—Tú solo eres un puerco investigador privado.

—Era un puerco investigador privado hasta que Enrico me contrató.

—¿Dónde está el mensaje?

—Es verbal.

—Muy bien. Suéltalo.

—Sólo se lo diré a Marant.

Guardaron silencio durante unos instantes y Claude dijo:

—Edouard, este tipo nos la está pegando. Raymond nos dijo que sólo era un investigador privado que había metido las narices en el asunto.

—No nos cuesta ningún trabajo cerciorarnos. De todas formas, no podrá escapar. Si no lo matamos ahora, lo mataremos más tarde.

—Creo que tienes razón.

Exhalé el aire de mis pulmones y entonces me di cuenta que llevaba mucho tiempo sin respirar, como un par de siglos.

—Echa a andar —ordenó Edouard. Di unos pasos por la izquierda.

—¡Por ahí no o te la ganas! —gritó Edouard.

—Entonces, señálame el camino. No conozco este lugar.

—Yo iré delante de ti, pero no te acerques más de tres metros. Claude irá detrás de ti y te partirá por la mitad si intentas algo.

—No te preocupes. Sólo quiero ver a Hubert Marant, para darle el mensaje de Enrico. Fue por lo que me pagaron.

Edouard pasó delante de mí, pero Claude no dejó de apuntarme con el cañón.

—En marcha —dijo.

Fui detrás de él y Claude nos siguió.

De buena gana habría aprovechado cualquier oportunidad para huir, pero el terreno estaba en contra de mis propósitos. Si saltaba hacia las rocas era hombre muerto. Llegamos a la playa y avanzamos unos cien metros hacia la punta del cabo.

Edouard se desvió hacia las rocas de la izquierda. De pronto el faro se encendió otra vez.

Oí el ruido de un motor. Una lancha se estaba acercando.

—Eh, vosotros... ¿Por qué traéis aquí al prisionero? Era la voz de Raymond.

Yo me detuve, pero Claude me pegó suavemente con el cañón en la espalda.

—Sigue andando.

Raymond apareció por una roca y yo le hice un saludo.

—Hola, Raymond —le saludé.

—Conque eres tú, ¿eh? —Se enfrentó con Edouard y Claude—. ¿Por qué no lo matasteis?

—Dijo que traía un mensaje —contestó Edouard.

—¿Un mensaje de quién?

—De Enrico Martino.

—Menuda pareja de imbéciles estáis hechos... Este tipo no trabaja para Enrico Martino. Es un investigador privado que quiere estropearle el negocio a Hubert Marant...

—Conque sí, ¿eh? —dijo Edouard con rabia—. Ahora vas a saber

quiénes somos nosotros, sabueso.

—¡Matadlo de una vez! —ordenó Raymond.

No estaba dispuesto a que me matasen como a un conejo.

Saltaría sobre Raymond y lo alcanzaría con un golpe Je Judo en la nuez. Se ahogaría antes de que alguien le pudiese echar una mano. Claro, que, para entonces yo estaría muerto, pero tendría un compañero de viaje.

En ese momento se oyó la voz de Hubert Marant.

—Eh, Raymond, ¿es cierto lo que ven mis ojos? Ése es Kenneth Forrest.

—Si, patrón. Me volví.

Hubert Marant había saltado de una canoa a motor. Otros dos hombres habían viajado con él y uno de ellos llevaba una valija en la mano.

Hubert Marant vino hacia mí, sonriente.

—Conque haciendo de las tuyas, ¿eh, Kenneth?

—Sólo hago lo que puedo. Raymond se acercó a los otros.

—Ha despachado a dos de nuestros hombres antes de que lo capturasen.

—El valiente señor Forrest —rió Hubert—. ¿De qué le ha servido todo...? Ya lo ve, no impidió nada.

—Es usted demasiado listo para mí.

—Seguro, Forrest.

—Por eso he decidido cambiar de bando. Raymond gritó:

—¡Ya dijiste bastante, yanqui! Ahora nos toca a nosotros...

Hubert intervino:

—Si ha habido muertos, no quiero que haya más. Vamos a la casa. Acabaremos con él allí. Que se encarguen los muchachos de llevarse los cadáveres o esto se convertirá mañana en el lugar de cita de toda la policía de Marsella. Ya sabes que de madrugada llegan los pescadores.

—Está bien. Nos largaremos.

—Esposa a Forrest antes de que eche a andar.

Raymond sacó unas esposas que me puso en las muñecas.

Mi situación había mejorado un poco. Cuando uno va a morir, cualquier aplazamiento de la ejecución es recibido como un auténtico milagro.

Raymond me empujó.

—Vamos al coche, Kenneth. Viajarás un poco. Pero no te alegres. Tu final está cerca.

CAPÍTULO XV

El viaje duró como cosa de media hora. Ya habíamos llegado a una de las villas.

No quise calcular a qué distancia se encontraría del mar porque no valía la pena. Yo no contaba con un emisor a transistores de esos que dan una señal fija a un receptor que siempre está en poder de los buenos.

Hubert Marant nos había precedido y estaba sentado en un sillón, en un amplio *living* decorado con lujo.

—Tome asiento, Forrest.

—Gracias, es usted muy amable.

—Me gusta tratar con educación a mis huéspedes. Ocupé otro sillón.

En ese momento vi aparecer a Gertrude, que bajaba la escalera.

La rubia platino estaba sensacional, con un vestido blanco nieve que hacía resaltar el moreno de sus hombros y su escote.

Se detuvo al pie de la escalera con las cejas enarcadas y dijo:

—Hubert, ¿qué hace él aquí?

—¿Tú qué supones, Gertrude?

—Este muchacho se ha empeñado en arruinarte.

—Sí, nena. Hay tipos así de pesados. Pero ya se le acabó la cuerda.

—¿Por qué lo has traído aquí, Hubert?

—Quería pasar un buen rato con él. Después de todo, Forrest nos ha demostrado que es un tipo muy simpático y que sabe decir sus gracias.

Me eché a reír, como si, efectivamente, estuviésemos en una reunión de amigos.

—Eh, Hubert, ¿puedo pedir algo? —dije.

—Claro. Estás en tu casa.

—No te voy a pedir que me dejes un rato con tu rubia platino porque ella me ha tomado ojeriza.

—Cerdo —dijo Gertrude. Hubert lanzó una carcajada.

—Eh, Kenneth Forrest, parece que no tienes nada que hacer con mi chica.

—Bueno, quizá ella tenga en cuenta varias cosas, por ejemplo, que su amo tiene ahora una mercancía que vale un millón de dólares.

—Cállate —exclamó Gertrude.

No me callé porque he sacado partido de situaciones confusas y yo podía crear una muy buena allí, haciendo desatar los nervios a la muchacha.

—Hubert, eres feo como un demonio —dije—, pero Gertrude está dispuesta a perdonártelo a cambio de un abrigo de visón, un «Cadillac» y otras muchas cosas. Deja que yo corra con el millón y será a mí a quien mueva el rabo.

—¡Yo no tengo rabo, maldito...! —exclamó Gertrude.

Hubert no se sentía ofendido por las palabras que yo había dicho. Todo lo contrario. Se mondaba de risa, resbalándole las lágrimas por las mejillas.

—Eh, Forrest, eso fue muy bueno.

Sin embargo, Gertrude estaba furiosa, y a pesar de su belleza, parecía más un demonio.

—Te voy a romper el cuello, Forrest.

—¿Qué les pasa a las chicas de hoy, que todas aprenden judo? —repuse. Se dirigió hacia mí y levanté la pierna.

—Eh, rubia, no quisiera que te pasases un par de meses en la cama envuelta en escayola. Se detuvo ante mi amenaza.

—¿Puedo pedir un *whisky*? —dije, aprovechando una pausa.

—Raymond, sírvselo.

Raymond estaba muy serio. A él no le habían hecho gracia mis chistes.

—Lástima que no haya traído el veneno —dijo Gertrude.

—Oh, sí, claro. Me habrías matado lo mismo que acabaste con Louis Servais.

—Era un estúpido.

—¿Por qué lo mataste?

—Pregúntaselo a Hubert.

—Sabía demasiado —dijo Hubert, pegando un manotazo en el aire—. Todo fue culpa de Sandra.

Raymond me trajo el vaso de *whisky*, pero hizo como que tropezaba y me lo tiró a la cara.

Logré apartarme a tiempo para que el *whisky* no alcanzase mis ojos y cayó en mi camisa.

—Bastardo —dije.

Raymond fue a lanzarme el puño a la cara, pero Marant lo impidió.

—Déjalo, Raymond.

—Me ha insultado y ya estoy harto de él...

Yo intervine para que empeorasen las cosas.

—Te pedí un *whisky* para beber.

—El muchacho tiene razón, Raymond —dijo Humbert—. Sírvele el *whisky* como corresponde a una persona correcta.

Raymond soltó un gruñido de asentimiento. Escancié otra vez el *whisky* en el vaso y me lo trajo.

Ahora no intentó nada.

Bebí un trago manejando el vaso con una de mis manos esposadas.

Estaba pensando muy aprisa. Una persona ocupaba mi mente, una mujer para variar. Se llamaba Elsa. Era mi cómplice. Juntos íbamos a apoderarnos del millón de dólares en drogas, y ella me había dicho que aparecería a mi lado en el momento oportuno. Demonios, había pasado yo por momentos muy graves, y ella no había aparecido por ningún lado. Claro, Elsa no podía brotar de la tierra.

Sin embargo, las palabras de Elsa me habían dado aliento. Ella era un miembro de la banda, y no sería extraño que estuviese en la casa. ¿Era eso lo que ella había querido decir? Me sentí lleno de ánimos. Tarde o temprano, aparecería Elsa, aunque desearé con todas mis fuerzas que fuese lo más temprano posible. No me serviría de nada que ella apareciese cuando fuese cadáver.

—El muchacho se apuntó una nueva hazaña, Hubert —dijo Raymond—. Se cargó a Henri, a Otto y a Frederick.

—No es posible.

—Otto y los demás lo seguían en un coche y Forrest se las

arregló para que nuestros chicos se estrellasen...

Hubert no perdió el buen humor por eso. Después de oír lo que Raymond llamaba mi nueva hazaña, me obsequió con una sonrisa.

—Es usted grande, Forrest.

—Pero ya le dije antes en la playa que quiero cambiar de bando. Un tipo grande como yo debe trabajar con un tipo grande como usted...

—No hay acuerdo. No lo necesito y me voy a retirar del negocio. Por eso lo he dejado con vida hasta ahora, Forrest. Estoy saboreando mi triunfo, y no quiero manchar el *living* con un cadáver.

—¿Por qué se retira, Hubert?

—Estoy esperando a un visitante.

—Conque va a ventilar sus negocios con él.

—Sí, le venderé mi mercancía...

—¿Quién es él?

—Un compatriota suyo.

—¿Puedo saber su nombre?

—No, no lo puede saber.

—¿Qué mal hay en que lo sepa? Voy a morir.

—De todas formas, no se lo diré.

—Como quiera, Hubert. Bebí, otro trago de *whisky*.

—¿Cómo está Sandra? —preguntó Hubert.

—Perfectamente.

—Me alegra mucho que no haya llamado a la policía.

—Yo no llamé, pero ella ya la habrá llamado.

—No me hará daño.

—¿Por qué cree que no?

—La policía no tendrá ninguna prueba.

—Investigarán acerca de los cadáveres que encuentren distribuidos por los alrededores de Niza y Marsella. ¿No cree que van a encontrar un buen número?

—Hay muchos accidentes. Se muere mucha gente todos los días.

—¿Qué me dice de la muerte de Louis Servais con veneno?

—Suicidio, aunque el veneno se lo puso Gertrude en el vaso.

—Enhorabuena, querida —sonreí a la rubia platino—. Eres toda una Lucrecia Borgia.

—Vete al infierno.

—Pasemos a otro punto —dije a Hubert—. ¿Qué me dice de los muertos de La Garçonniere?

—Quedaron bien enterrados. Y no hace falta que pregunte por los de la carretera, por Otto y los demás.

—Oh, sí, ya me lo dijo antes. Todos los días suceden accidentes.

—Me alegra que esté de acuerdo conmigo. ¿Lo ve, señor Forrest? No hay nada que me señale. De modo que voy a disfrutar de mi dinero bien ganado.

Así era de cínico el tipo.

Se oyó el motor de un coche.

—Eh, jefe, creo que está ahí —dijo un sujeto que estaba junto a la ventana.

Raymond acudió al lado del vigilante, y después de observar a través de los cristales, dijo:

—Es él, Hubert.

—Llévate a Forrest, Gertrude.

—¿Lo mato ya?

—Sí, pero antes, enséñale cómo hacemos las cosas.

—Con mucho gusto.

La rubia platino atrapó una pistola de encima de la mesa y me amenazó.

—Ponte en pie y camina hacia la escalera, Kenneth. Me levanté y dije a Marant:

—¿Lo has pensado bien, Hubert? ¿No crees que soy el tipo que te hace falta para rematar este negocio? Conozco a los de tu clase, y apuesto a que el que viene ahí es un perro traidor. Contrátame por mil dólares y te serviré de guardaespaldas.

Marant rió con muchas ganas.

—Vete al infierno.

No había nada que hacer y le dije:

—Espero verte pronto conmigo. Gertrude me empujó hacia la escalera.

Pensé dejarme caer, pero al volver la cabeza, vi que se había apartado de mí hacia la izquierda.

—No intentes nada o te mato en el acto —advirtió. Subimos a la primera planta y dijo:

—Abre la primera puerta. Quiero que veas algo especial.

Hice girar el tirador y empujé la puerta con el pie.

Entonces pude ver la cosa especial a que la rubia platino se refería. Elsa estaba en el suelo, atados sus brazos a la pata de la cama. La habían azotado y tenía el vestido hecho polvo, el cuello con grandes moretones y su ojo derecho negro...

Era la chica de quien yo tenía que esperar la salvación, la que tenía que aparecer en el momento oportuno.

CAPÍTULO XVI

Gertrude me empujó con la pistola.

Luego, entró ella en la habitación y cerró la puerta.

Elsa dobló la cara para que yo no la siguiese mirando. Su bonito rostro había sido muy castigado y ahora estaba como para darle un susto a Boris Karloff.

—¿Qué significa esto, Gertrude? —pregunté.

—¿No lo sabes?

—Claro que no.

—Elsa nos quiso traicionar.

—¿Con quién?

—Contigo, estúpido. ¿Es que te quieres hacer ahora el santurrón?

—No sé de qué me hablas, Gertrude. Yo engañé a Elsa y fue por lo que me libré de ella.

—¿Y qué le contaste para engañarla? ¿La fábula de Caperucita?

—Por lo visto, no te voy a convencer.

—Sí, gran muchacho, pierdes el tiempo, por la sencilla razón de que Elsa confesó.

—¿Qué confesó?

—Que fue a ella a quien se le ocurrió la bonita idea de apoderarse de la mercancía y que te eligió a ti como colaborador.

Gertrude rió como triunfadora de aquel torneo.

La muy ladrona estaba atractiva con su vestido blanco, tan entallado a su cuerpo que marcaba con nitidez sus espléndidas redondeces.

Infiernos, ¿cómo podía pensar yo en las maravillas del cuerpo de Gertrude cuando, de un momento a otro, podía apretar el gatillo y mandarme con mi tatarabuelo, el que fue escalpado por los indios?

—Se me está ocurriendo una idea, Gertrude.

—Tú eres un chico con muchas ideas, pero será mejor que te la calles. Levantó la pistola.

—Me refiero a los cinco millones de francos.

—Ya supuse que te referirías a la plata.

—Podemos hacer un pacto.

—Tú, Elsa y yo.

—Caramba, acertaste la quiniela completa...

—Yo soy así de adivinadora. La miré de pies a cabeza.

—Me podías leer el porvenir.

—Te lo leeré enseguida y no tendrás que entregar un solo centavo a cambio.

—Venga.

—Primero te meteré una bala en el ombligo.

—Tengo un ombligo muy precioso y sería un crimen que me lo estropeases.

—Después, una bala en las tripas, para hacerte un par de nudos.

—Vas a conseguir el efecto contrario. Se me desatarán y se me saldrán por la grieta. Gertrude, sé una mujer sensata. Hubert es calvo, feo, gordo. ¿De qué te valdrá el abrigo de visón? En cambio, conmigo serás toda una reina.

—Nadie puede ser reina contigo porque tú necesitas un harén.

—No digas eso, muchacha. Voy con muchas porque trato de elegir la mejor esposa. Mi mamá me lo dijo antes de salir de casa: Ten cuidado con las mujeres, hijo mío, porque son muy malas y te la pueden jugar.

Se echó a reír.

—¿Por qué no le cuentas un chiste a Elsa?

—No tengo inconveniente, pero es mejor dejarlo para cuando hayamos firmado el pacto. Tengo un bonito nombre para nuestra sociedad... Grandes Sueños, Sociedad Anónima...

—Y tú con dos mujeres, con Elsa y conmigo...

—Bueno, a Elsa me puedo dedicar los lunes, y el resto de la semana para ti solita. Sales ganando, ¿eh?

—Vas a dejar de decir tonterías.

Arqueó el dedo en el gatillo, disponiéndose a hacer fuego.

—Gertrude —dije muy aprisa—, todavía no puedes arriesgarte... ¿Quién te dice que a Hubert no se la quieren jugar? Es lo que hacen

los peces gordos. Pelean entre sí cuando tienen una presa... Allá abajo hay una maleta que contiene droga por valor de un millón de dólares... ¿Ese americano ha venido de mi país para pagar tanto dinero a cambio de una mercancía de la que se puede apoderar sin desembolsar un solo centavo? Si crees eso, es que eres una ingenua como la torre de Eiffel de grande.

Mi argumento fue contundente. Gertrude se había quedado de piedra.

—¡No, maldito! Ese hombre no le hará una sucia jugada a Hubert.

—Dime, ¿cuántos tenían que acompañarlo?

—Se acordó que sólo dos.

—Claro, llegaron dos, pero en este momento estarán rodeando la casa una docena.

—Sólo quieres entretenerme.

—Acércate a la ventana. Puede que descubras a los fulanos que trajo el supuesto comprador... Deben de estar ya muy cerca, listos para entrar en acción.

Volvió a titubear y golpeé en caliente.

—No me puedo escapar. Estoy esposado, y tú tienes una pistola. ¿Qué trabajo te cuesta acercarte a la ventana y cerciorarte?

Se movió hacia la ventana sin dejar de apuntarme con el arma.

—Échate en el suelo, Kenneth.

—Eh, no tienes que hacerme eso...

—¡He dicho que te tiendas en el suelo o disparo! Me tendí en el suelo, boca abajo.

—Así me gusta —dijo ella.

Entonces miró por la ventana y enseguida me miró a mí.

—Eres un bastardo. No se ve a nadie.

—Apenas has mirado. Fíjate bien en los rincones. Es de noche y no se ve nada.

—¡Te voy a vaciar la cabeza para que no busques más líos!

—¡He dicho que mires!

Miró otra vez y, por unos instantes, dejó de prestarme atención.

Se volvió haciendo rechinar los dientes, los ojos agrandados.

—¿Qué es lo que viste? —pregunté.

—Dos hombres.

—¿Dónde?

—Corrían hacia la casa y se escondieron.

—¿Estás convencida ahora?

—Sí, echa a andar. Vamos abajo. Sería gracioso que hubiese acertado. Bajamos la escalera.

Raymond nos apuntó con una pistola.

—Gertrude, el jefe dijo que fueses arriba con él y que lo despachases.

—He visto a dos hombres acercarse a la ventana. Deben estar al servicio del comprador americano...

Yo estaba mirando a mi compatriota y lo reconocí al instante. Respondía al nombre de Arthur Kinman y era un canalla que logró escapar de los Estados Unidos cuando le iban a echar el guante. Supuestamente, vivía en una república sudamericana. Arthur había tenido oportunidad de conocerme también, porque en Nueva York, barrí del mapa a un compañero suyo, uno de sus cómplices llamado Kirk Flingem.

—Hola, Arthur —dije.

Kinman me miró con los ojos entornados. Era grandote, de cejas espesas, con pelo de rata.

—¿Qué haces aquí, Kenneth?

—Vine a pasar unas vacaciones en Francia. Soy invitado del señor Marant. Miró a Hubert.

—¿Qué te hizo él, Marant?

—Enredó demasiado, pero no es de eso de lo que hablaba Gertrude. Se ha referido a dos hombres que se acercaban a la casa.

—No sé nada de eso.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Te advertí que vinieses con dos hombres!

Arthur señaló a dos tipos con aspecto de guardaespaldas que estaban muy serios, junto a la puerta.

—Ahí están mis dos hombres, como se acordó. Y en esta valija hay un millón de dólares —levantó el maletín que sostenía con la mano derecha. Hubert se mojó los labios con la lengua.

—Gertrude, ¿qué estupidez se te ocurrió?

—¡Te juro que vi a los dos hombres! ¡Corrieron hacia la casa y se escondieron por detrás!

—Raymond, ocúpate de eso.

—Ahora mismo.

Hizo una señal a dos de los cuatro muchachos de la pandilla de Marant que estaban allí y salieron del *living*.

Arthur señaló a Hubert con el dedo.

—No sé lo que te traes entre manos, Hubert, pero si crees que me vas a engañar, eres un pobre idiota. Nadie engaña a Arthur Kinman. Quiero la mercancía y traje el millón.

—Me he comportado honradamente contigo, Arthur, y eso te lo puedo jurar por los huesos de mi madre, que reposan en el Péré Lachaise de París.

De repente, se produjeron varios disparos fuera y un hombre soltó un alarido de muerte.

CAPÍTULO XVII

La puerta se abrió de golpe.

Dos tipos aparecieron con metralletas y las pusieron en marcha enseguida. Para entonces, yo estaba saltando por el aire, y fui a parar detrás de un diván. El vestíbulo se convirtió en el mismo infierno.

Los plomos mordían en carne palpitante, y las gargantas lanzaban gritos de agonía.

Gertrude vino a parar cerca de mí.

Su vestido ya no era blanco nieve. Estaba manchado de sangre a la altura del pecho y del estómago.

Seguía siendo hermosa, porque ninguna bala le había estropeado el rostro. Conservaba la pistola en la mano y se la quité.

Me arrastré sobre el suelo y me asomé por la esquina del diván.

Entonces oí una voz desde la ventana:

—Deja el arma, Kenneth. No quise creerlo.

Era la voz de Sandra.

Ya habían terminado los disparos.

Me arrodillé y volví la cabeza, mientras dejaba la pistola en el diván, bajo un almohadón.

Sandra había entrado en la habitación y sonreía mientras soplaba el cañón de una pistola.

Por un momento pensé que Sandra tenía una hermana gemela, que debía ser eso. Ella se acercó a Hubert Marant, que estaba en el suelo, moviéndose débilmente.

—¿Qué tal lo pasó, jefe?

Hubert abrió los ojos y la miró:

—Sandra, serpiente de cascabel... Víbora maldita.

Sandra apretó el gatillo y la bala destrozó la boca de Marant,

matándolo definitivamente.

Arthur Kinman estaba a su lado, pero a él no hacía falta que nadie lo rematase, porque una ráfaga de plomo le había convertido la cabeza en un montón de huesos sanguinolentos.

Uno de los muchachos de Sandra también estaba para que lo llevaran a la Morgue. El otro examinaba los cuerpos, sin soltar la metralleta.

Sandra se acercó, sin dejar de sonreírme.

—Tienes siete vidas, Kenneth.

—Tú también, Sandra.

—Oh, sí, eso es cierto, pero te debo seguir viviendo, y tú te has valido por ti mismo.

—¿Cómo saliste del hospital?

—Pagué a tus amigos para que se fuesen a casa.

—¿Te mejoraste de pronto?

—No estaba tan enferma como suponías... La verdad es que mejoré enseguida, desde cuando me sacaste de aquella maldita habitación.

—Creo que voy comprendiendo todo... Estabas en combinación con Jack Kramer para pegársela a tu jefe. Os pusisteis de acuerdo para, limpiarle la mercancía, pero Hubert os descubrió.

—Fue culpa de mi socio.

—El fue atropellado por un camión y tú te viste en peligro... Fue entonces cuando pensaste en mí y me llamaste a Nueva York...

—Unos minutos después, me atraparon.

—Y cuando yo llegué a Orly, empezó el juego de que tenía que marcharme porque todo estaba resuelto.

—Menos mal que no creíste al mensajero ni a nadie.

—Louis Servais era tu otro cómplice y también se lo cargaron. Cerré los ojos y me dejé caer en el diván.

—¿Te he decepcionado? —preguntó Sandra.

Estaba encantadora con su pantalón negro, su blusa gris y sus ojos llenos de fulgor, siempre con la sonrisa, mostrando sus dientes parejos. Había sido mi chica en Nueva York y nos habíamos amado apasionadamente.

—¿Por qué no me dijiste la verdad, Sandra?

—¿Necesitas la respuesta?

—Sí. Quiero oírla de tus labios.

—Eres un justiciero, Kenneth. Podías servir para sacarme del apuro, pero no para entrar en la combinación. Tú no podías haber hecho esto. Mira qué carnicería. Todos están muertos.

—No, no lo habría consentido.

—Tienes el corazón demasiado blando. Imaginé que tendría que prescindir de ti, porque no podría conseguir tu colaboración ofreciéndote una parte del botín... Pero hice lo posible para que te apartases. No te quise dar información, recuerda... Casi había perdido la memoria, pero tú insististe, y por eso se me ocurrió darte el nombre de Max Kramer.

—Claro, me diste el nombre de Max Kramer porque él estaba vigilado. Si yo iba a preguntar a Max Kramer, me tenderían una trampa, como efectivamente ocurrió, y me liquidarían... De esa forma, como tú ya estabas libre, podrías seguir organizando esta masacre.

Hubo un silencio.

Me apuntó con su revólver.

—Ahora te toca a ti, Kenneth.

—¿Vas a matarme?

Se encogió de hombros.

—No me has dejado otra solución, y para mí es mucho más importante un millón de dólares que tu persona.

—Lo comprendo.

—Buen viaje —dijo Sandra.

Yo había metido la mano debajo del almohadón y disparé. Sandra se tambaleó.

Le había metido la bala en el estómago.

Su fulano tuvo que moverse, porque en el diván no me veía. Disparé otras dos veces.

Uno de los proyectiles golpeó contra el hombro del fulano, soltó el arma y cayó en el suelo.

Miré a Sandra y vi que se había arrodillado y se disponía a hacer fuego contra mí, pero le costaba mucho trabajo mantener la pistola.

Fui a su lado y la golpeé en la mano, desarmándola.

Entonces rodó por el suelo y quedó boca arriba, sujetándose el estómago con las dos manos.

—Kenneth, qué tonta fui al llamarte... Luego murió.

Durante doce horas me las tuve que ver con la policía. Todo

quedó explicado gracias a la intervención de Max Kramer y a la confesión del cómplice de Sandra, que herí en el hombro.

Elsa había sido internada en un hospital. Por suerte para ella, aparecía sólo como víctima de Hubert Marant. Su plan de hacerse con las drogas también se había venido abajo, aunque, de todas formas, ella nunca habría tenido aquella mercancía porque me eligió a mí como cómplice.

Estaba en el aeropuerto de Marsella, listo para emprender el viaje a París.

—Kenneth —dijo una voz a mi espalda. Era Nicole.

—Me he enterado de todo por Max... ¿Por qué no te quedas unos días?

—No puedo —dije.

La tomé por los brazos y la besé en los labios.

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver, Nicole.

La besé otra vez y eché a andar hacia la puerta que comunicaba con las pistas.

Cuando iba a subir al avión volví la cabeza y vi a Nicole tras la reja, saludándome con la mano.

Hay momentos amargos en la vida de un detective privado, aunque la gente crea que sus aventuras están provistas siempre de hermosos finales. Una amiga, una mujer hermosa, me había llamado desde París a Nueva York para que le echase una mano. En el curso de aquellos dos días creí que ella estaría muerta y lo cierto fue que la salvé. Pero eso no sirvió para nada, y tardaría mucho tiempo en borrar de mi mente la muerte de Sandra.

FIN